

**Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo**

Gran Capital

Relatos de Ciudad

Francisco Pardo Urrejola, alumno.

Patricia Espinosa Hernández, profesora guía.

A mi familia y amigos.

Índice

5 Prólogo: *El aire de la ciudad te hace libre*

Planos Generales

- 11 Cuando habla la bala
- 16 Toros en Recoleta
- 23 Ánimo de un lunes
- 33 Servicio Militar Express
- 39 Juegos subterráneos
- 53 La vida es cueca

Primeros Planos

- 64 Murmullos
- 66 Breves policiales
- 69 Rojos recuerdos
- 72 Plaza de Armas a siete pisos
- 74 La micro y Bolaño
- 76 La hora perdida

Fotos Carné

- 80 Gallera / Rambo
- 81 El flaco Marco
- 82 Pedro el picante
- 83 Gordo bello
- 84 El Pincheira / Tío Memo
- 85 Julio el loco
- 86 Asunto de damas / Apodos a mil!
- 87 No se amargue el pepino / Ene, ene
- 88 Suplementero
- 89 El acordeón de Mario

90 Final del Juego

92 Bibliografía

Prólogo

“El aire de la ciudad te hace libre”

Max Weber

Todo partió con una “cabrita” en la autopista Américo Vespucio Norte. Los autos circulaban sobre los cien kilómetros por hora y la “cabrita”, tradicional carreta de paseo tirada por caballos, entró a la autopista con personalidad, ignorando las prohibiciones que impiden el tránsito de vehículos de tracción humana o animal por esas vías. Fue como si un dedo gigante hubiese raspado la capa del aquí y el ahora, dejando al descubierto una realidad subterránea, una imagen del siglo pasado que recorría aquellas ancestrales huellas de tierra que hoy se asfixian bajo el asfalto. Esta simple imagen me sugirió que la Realidad no existe o que son múltiples, y que los habitantes de una ciudad como Santiago vivimos en muchas ciudades al mismo tiempo, pasadas, presentes y futuras. En definitiva, que somos todas las edades al mismo tiempo.

“El hombre camina días entre árboles y piedras. Raramente el ojo se detiene en una cosa, y es cuando la ha reconocido como un signo de otra: una huella en la arena indica el paso del tigre, un pantano anuncia una veta de agua, la flor del hibisco el fin del invierno. Todo el resto es mudo e intercambiable, árboles y piedras son solamente lo que son”¹. Vivimos en un mundo que no hemos aprendido a mirar todavía porque nuestros ojos son incapaces, en un sentido estrictamente fisiológico, de captar las totalidades, especialmente

¹ Ítalo Calvino. Las ciudades invisibles. Pag. 29. Ediciones Siruela. Madrid. 2001.

dentro una ciudad donde del exceso cotidiano de situaciones e imágenes es inherente.

Sólo podemos atrapar trozos de olores, sensaciones, ruidos, sabores e imágenes que nos permiten armar un rompecabezas al que siempre le faltarán piezas. La memoria y la imaginación son nuestras herramientas para construir sentidos, para rellenar esos espacios en blanco y erigir la ciudad posible.

A eso apunta este conjunto de relatos. A delinear apenas un contorno de una de las millones de ciudades posibles que conviven bajo el nombre de Santiago. Mejor dicho: la intención de estas palabras es realizar un mínimo aporte a esa Ciudad que se construye con la suma total de los personales imaginarios de quienes la vivimos. “Ante todo, debemos pensar en la ciudad a la vez como lugar para habitar y para ser imaginado. Las ciudades se construyen con casas y parques, calles autopistas y señales de tránsito. Pero las ciudades se configuran también con imágenes. Pueden ser las de los planos que las inventan y las ordenan. Pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones y películas, los relatos de prensa, la radio y la televisión. La ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas”².

Precisamente estos textos tienen como material las experiencias individuales y colectivas de Santiago, en un intento por legitimar esa historia con minúscula,

² Néstor García Canclini. Imaginarios Urbanos. Pag. 107. Editorial Eudeba. Buenos Aires. 1999.

aquella historia no oficial, personal, que, siento, ha sido continuamente despreciada por la Historia. “Muchas veces nos subimos a una micro, paseamos por un parque, comemos en una picada, tomamos pipeño en una de las últimas chinganas santiaguinas, concientes de que nuestro oficio, nuestra responsabilidad científica, se quedaba afuera, esperándonos, porque en esos momentos entrábamos a los espacios sin historia (...) Los ejes de la historia universal nada tenían que hacer con los maderos de un volantín; solamente en nuestra imaginación cabía pensar que en el juego del luche ---ese que rayamos con tiza la vereda, y jugamos con una caja de betún Nugget lleno de tierra--- se escondían los arcanos más secretos de la cabalística de Babilonia”³.

Si bien sólo algunos textos dejan en claro su relación con el pasado, con la memoria, todos intentar fijar un tiempo con mayor o menor éxito. Porque sé que los días van tan pronto, como dijo Gonzalo Rojas, y por lo mismo me niego a pagar con olvido aquello que me ha conmovido de distintas maneras. Porque no quiero olvidar a los muertos en el metro producto del Transantiago. Porque no quiero olvidar al tipo baleado en Bellavista, ni a Rodrigo Cisterna acribillado por carabineros en Curanilahue. No quiero que se recuerde a Pinochet como un héroe, ni que se olvide a Gladys Marín. No quiero que se muera la cantante porteña Lucy Briceño, ni que se olvide a la decena de agrupaciones cuequeras que hoy reviven la tradición en Santiago. No quiero olvidar a Magdalena Leiva Muñoz quien vestida de novia se suicidó en una orilla del Bio-Bio.

³ Leonardo León. Los combates por la Historia. Pag. 95. Texto incluido en el Manifiesto de los Historiadores. Ediciones LOM. Santiago. 1999.

En tal sentido, ciertos pasajes de esta Gran Capital comparten el espíritu de las fotografías en lo relativo a capturar el tiempo. Y fueron escritos como fotografías con palabras, en esa operación de recorte y encuadre que es la foto, metáfora precisa para definir el conjunto de experiencias desarticuladas y fragmentadas que se obtienen en una ciudad. Es por ello que este trabajo está segmentado en tipos de fotografías.

Hasta el momento he hablado de textos y no de crónicas, porque si bien la mayoría de ellos apuntan a la crónica, no estoy muy seguro si el resultado quepa dentro de esa definición. Al menos aquellas definiciones añejas que ponen como requisito la actualidad de los hechos narrados, de la noticia como materia prima⁴. No sé si será periodismo lo que hay aquí adentro, aunque de ninguna manera la intención primaria fue escribir según esos cánones. Para mí la crónica es juego. Es esa zona gris entre el periodismo y la literatura, una síntesis de lo que el periodismo puede hacer con la palabra escrita. “La crónica convierte al periodismo en algo más que información que morirá mañana, o eso intenta, al menos, dispuesta a morir en el intento”⁵. Creo que estos textos se ubican en ese terreno equívoco del que habla Tomás Eloy Martínez, “donde las crónicas se entretajan con la historia y la historia con la ficción”⁶.

Escribí más arriba que para mí la crónica es juego. Un juego de imágenes sugeridas y de cómo las palabras pueden ser útiles para tomar de la mano a un lector y llevarlo por las experiencias ahí narradas. Creo que todo relato es

⁴ “Sin noticia, la crónica deja de ser periodística para convertirse en puro relato histórico o en artículo valorativo de un hecho trascendente... o intrascendente”. José Luis Martínez Albertos. Curso general de redacción periodística. Ed. Mitre. Barcelona. 1983.

⁵ Martín Caparrós. Larga distancia. Pag. 9. Editorial Seix Barral. Buenos Aires. 2004.

⁶ Martín Caparrós. Op. Cit. Pag. 11.

lúdico, que todo relato vuelve a la niñez. Estos textos son producto de mis juegos por la ciudad, otra versión de esos juegos primarios sobre el tablero de la Gran Capital que me regalaron cuando niño. Antes eran dados sobre el mapa de Santiago, ahora son palabras. Ambos comparten ese infantil espíritu de sorprenderse con lo simple, con lo que se nos prohíbe cuando olvidamos que todo esto finalmente no es más que un juego.

Planos Generales

Cuando habla la bala

Soy alguien que quiere escribir y no escribe. Que sube la radio para intentar suprimir ciertas vibraciones endógenas con otras que cruzan el aire. Pensé que la frase “soy alguien que quiere escribir y no escribe” serviría para lanzarme sobre esta página y de esa forma ir borrando la no escritura con los mecanismos que utilizo para no escribir. No, no, bueno, ya. Hace poco leí que la literatura, el acto de nombrar el mundo con pedazos de notas y papel picado, era algo así como el agua del florero. Sólo alarga, o mejora un final inevitable. Esa puede ser la gran pregunta ¿Para qué sirve escribir? ¿Escribir para vivir la no vida?

Hoy abrí los ojos con las vibraciones del televisor. Se hablaba de María Luisa Bombal, de esa ardilla obsesionada con las construcciones nebulosas capaz de pegarle tres balazos a Eulogio Sánchez ---amor sin feedback--- en el ex hotel Crillón de Huérfanos con Ahumada. O de revisar los cajones en casa de su amado, encontrar un arma, apuntar a su propia cabeza y luego al pecho, y disparar la bala que finalmente se introduciría por su hombro izquierdo. Una mujer que escribía en la cocina de Neruda en Buenos Aires mientras el vate come-todo, creaba los últimos versos de Residencia en la tierra a metros de ella, entre cebollas, zapallos y una que otra factura, viste. En la pantalla, algunos escritores relataban la anécdota de cuando vino Borges a Chile en plena dictadura a recibir honores, y el hombre circular se reunía con lo granado del intelecto chileno. María Luisa, borracha al parecer, hacía un poco de ruido. Todos se miraban incómodos. Y cuando la escritora era invitada a retirarse de la reunión, el propio Borges (que ya la había conocido en

Argentina cuando Bombal se codeaba con la elite literaria trasandina e iba al cine con el no Premio Nóbel) la tomó del brazo, la sentó junto a ella de una manera casi paternal, y siguió dirigiéndose a sus interlocutores como si nada ocurriese. Quien contaba la anécdota hacía hincapié en lo de la actitud paternal y en la ternura que el Borges anticomunista mostró en una tensa situación. Quizás esa sea la respuesta a tantas cosas. La ternura ---"the milk of human Kindness"--- como acción. Casi en un acto revolucionario a escala. Creo que alguien puede ser más anarco, punk y todas aquellas reducciones, en un abrazo honesto conciente de su capacidad transformadora. La conciencia del acto es fundamental. Algo así como una política de la ternura. La no acción de aquel instante y que paren el mundo en los segundos del contacto. Recuerdo algunos pasajes del "Tao te Chin" que tal vez no entiendo o que por el hecho de desafiarme, se aparecen: "Disminuyendo cada vez más, se llega a la no acción. Por la no acción nada se deja sin hacer. El mundo siempre se ha ganado sin acción". Y esta última frase siempre queda dando botes en mi cabeza. Contrariando tantas ¿enseñanzas? que por años nos han inculcado en una sociedad occidental donde el hacer es. Acción y no reflexión. Haz sin pensar. Funciona, muévete, no te quedes pegado, no pienses, no cuestiones, sigue. Produce. Creo que existe una relación entre el acto revolucionario del abrazo gratuito y eso de que el mundo siempre se ha ganado sin acción. Tal vez la esencia de lo que somos esté en la no acción y todo lo que ello signifique. Tal vez la esencia de algo que todavía no descifro esté en los segundos del abrazo. En la acción de reducir los espacios físicos, unirnos a otros y dejar de actuar. Lo que perfectamente puede ser una metáfora de la

vida ¿Acaso no nacemos para unirnos a otros y luego desaparecer, dejar de actuar?

Sábado. Ñuñoa. Departamento en Villa Olímpica. De una pila de diarios añejos sobresale uno aún más oxidado. Se trata de la edición que celebra el centenario de las Últimas Noticias. Abro una página al azar y una foto de Bombal me queda mirando, incrédula de que la observe con sorpresa. Una foto hermosa, donde aparece en primer plano con todas las sutilezas del blanco y negro. Nuevamente la imagino, ahora con rostro, caminando sigilosa por el centro de la ciudad hasta la entrada del famoso ex hotel que hoy alberga un Ripley. Pensando, cuestionando los próximos minutos, con las manos sudorosas ---y tal cual escribió en “La última niebla”--- palpando el arma "como una pequeña bestia aturdida que puede retorcerse y morder". Subiendo por las escaleras que ahora pasan rápido con su mecánico ritmo, mientras el rostro de Felipe Camiroaga insiste en que en aquí no se cobran comisiones en las cuotas. Tal vez antes de interceptar a Eulogio Sánchez ese 21 de enero de 1941 en la puerta del hotel, paseó por sus salones de pesados cortinajes e incluso se sentó en el comedor de vajilla importada y especialmente rotulada, donde una vez a la semana servían faisán. La imagino caminando entre los mozos de punta en blanco, sombras temporales de las vendedoras de rojo y pantalón caqui que conversan y ríen en la sección Hogar.

Qué ópera habrá en su cabeza. Cómo será el momento de ver a Eulogio. De sentir que es el momento de actuar, como lo sintió catorce años después la escritora María Carolina Geel, cuando empuñó una pequeña pistola Baby Browning, y le descargó cinco balazos a su amante en el mismo hotel. Según

la escritora Matilde Ladrón de Guevara, que se encontraba ese día en una mesa vecina, Georgina Silva Jiménez (el nombre de nacimiento de Geel) "se acercó al cadáver sangrante y lo besó en la boca (...) Fue impresionante ver cómo ella estaba bañada en sangre"⁷.

Aunque nada de eso pasa por la mente de María Luisa Bombal porque nada ocurre todavía. Ni tampoco se fija en las miradas del guardia con la cajera, porque son fantasmas de un futuro no escrito. No piensa en Lihn declamando "El Paseo Ahumada" ahí, al frente, en las escaleras del Banco de Chile y a veinte metros y años de un predicador que Biblia en mano anuncia el final de todo. Aunque puedo apostar que sí imaginó a Teresa Iturrigorriaga ocultando su pobreza y pidiendo "rotting sours" en uno de esos bailes del 1930 donde "La chica del Crillón" se paseaba entre decenas de parejas, viejos recuerdos de maniqués exhibiendo la moda de temporada en la ropa femenina del segundo piso.

Noche del mismo sábado. Antonia López de Bello N° 14 en la despedida de alguien que se va de intercambio a España. El departamento retumba con una banda en vivo y no entiendo cómo el piso no cae con tantas personas y sonrisas. Desde el balcón se aprecia Bellavista en su punto álgido: tres de la mañana y la bestia hierve, a punto de rebalsarse. De pronto, un ruido seco en la calle logra colarse entre las trompetas y el saxo. Algunos dan vuelta la cabeza y paran por dos segundos de moverse, pero la música y los humos de la fiesta son más potentes. Necesito aire. Una redonda ventana permite respirar y mirar hacia la calle que ahora, además de los ritmos, bocinazos y

⁷ Las Últimas Noticias. Chile. Pag. 14. 15 de noviembre de 2002.

conversaciones, se llena de gritos. Abajo en la vereda, una de las típicas peleas de aquí a esta hora, que se distingue de las demás cuando uno de los tipos se separa de la gresca, baja a la calle, se sube la chaqueta y saca un arma que dispara hacia otro en la vereda. Cuatro chispazos. Cuatro tiros. Con la pistola de lado como en una película de Tarantino. El del arma se larga a correr y el único parado en la vereda sigue levantando las manos, desafiante, como jactándose de las balas burladas que por un momento muchos de los que mirábamos incrédulos creímos de salva. En el segundo piso la fiesta se mueve al ritmo de un reggetón. "Y tu fallaste, oh, oh..." sale de algunas gargantas como una broma. Pero las balas no eran de salva y el de la pistola no falló. Aún con las manos en el aire, el único parado en la vereda es revisado por amigos que levantan su camiseta y en su cuerpo se distinguen pequeños orificios y una estelita de sangre. El único parado en la vereda comienza a desplomarse y palidecer sobre un auto estacionado frente al sandwichería Tío Rubén, donde a esa hora el wurlitzer disparaba una de Marco Antonio Solís que amenizaba los as-queso de \$650. A metros del Venezia. A metros de un puñado de espectadores que mirábamos desde el segundo piso una escena repetida hasta el cansancio en ciertas poblaciones. A metros del reggeton de moda, del ketchup y la mostaza. Del cuidador de auto que siempre cobra de más. Pienso en los cojones y la estupidez que hay que tener para disparar un arma. Pienso en las nulas probabilidades de que esto aparezca mañana en la prensa, en que alguien se tome el tiempo para escribir algo, nombrarlo, una suerte de testimonio, una animita de palabras pérdida en la crónica roja de La Cuarta. Pienso en apagar el cigarro recién encendido y dejar esta triste noche atrás.

Toros en Recoleta

Tras el golpe, Félix sintió que le faltaba el aire y que todo daba vueltas. Como si aquella patada al pecho siguiese vibrando por dentro, recorriéndolo, en un silencioso trabajo de escritorio o de pirquinero. El miedo que siempre lo acompaña antes de subir al ring y sobre él, hizo su aparición. Miedo a que te rompan las costillas, la nariz, un diente. O a que te noqueen y caer en coma en plena lona. Pero Félix González es un luchador con títulos. Con currículum. Sabe que el miedo es tan necesario como manejable. Que una pequeña revisión a las decenas de archivos mentales de peleas anteriores puede apaciguar “ese animal que llevas por dentro”. Aquella calma que llega cuando has dedicado casi la mitad de tus 32 años a las artes marciales, al Kyokushin específicamente. Una disciplina de contacto real, donde los severos entrenamientos ponen a prueba los límites físicos y psicológicos en busca del esquivo equilibrio interno.

El referente máximo de lo anterior es Masutatsu Oyama (montaña magnífica), padre de esta modalidad. Un coreano nacido en los '20 que luego de un precoz y largo recorrido por las artes marciales en Japón (incluyendo su permanencia en el Butokukai: academia de entrenamiento para el Ejército Imperial Japonés que se especializaba en la guerra anti-guerrilla, el espionaje, y el combate cuerpo a cuerpo) decide convertirse en el mejor karateka de aquel país. Fue uno de sus maestros quien incentivó a Oyama a emprender su retiro a las montañas para fortalecer su técnica y encontrarse en soledad. Tres años estuvo entre los cerros. Con entrenamientos de doce horas al día y siete días a la semana. Una rutina que incluía meditaciones bajo

frías aguas de cataratas, peleas con animales salvajes y rompimiento de árboles y piedras del río con sus manos. Aunque, claro, Félix no es Oyama y reemplaza los árboles por neumáticos en un gimnasio de Talcahuano, donde vive y entrena. Pero ambos sienten que la única manera de conocer el grado de preparación alcanzado es en el enfrentamiento. En la dialéctica. Oyama decidió demostrar su poder luchando con toros. Para ello, metódico, recorrió algunos mataderos con el fin de instruirse en el mejor modo de abatir una bestia. Ahí observó a los matarifes colocar un punzón entre los ojos del animal y rematar el golpe con un certero martillazo. Miró las callosidades de sus manos producto de sus años en las montañas y supo que no tenían que envidiar a herramienta alguna.

Oyama enfrentó a su primer toro en el '50. El animal pesaba más de seiscientos kilos y le fue imposible en un primer momento desequilibrarle. Después de varios minutos de enfrentamiento se sentía extraño: la bestia venía hacia a él para cornearlo con una fuerza demoledora. Oyama fue cayendo en un brillo cegador que teñía todo alrededor. Tal como Félix luego de recibir la patada en el pecho. Fue en ese minuto cuando sintió brotar de su interior una especie de fuerza vital, un torrente que le hizo olvidar el dolor y el agotamiento. Había intuido la posibilidad de unir la fuerza del animal con la suya para romper uno de sus cuernos. Con un golpe circular de la mano, finalmente lo logró. Había conseguido ser uno con el animal y derrotarlo por dentro. En los años posteriores, Oyama se midió con 52 toros. Tres murieron y 49 quedaron tuertos de un cuerno. Uni-cornios.

Félix González Palomino no requiere luchar con toros para conocer su nivel. Ni siquiera ganar un combate. Esta vez, sólo necesita ingresar a un ring octogonal con rejas a los costados ---la “jaula”--- y enfrentarse a otro animal, al más completo luchador de Chile: Cristián “Gorila” Martínez. Y simplemente aguantar. Que lo golpeen y aguantar. Y a pesar de que le falta el aire y que en estos momentos el mundo le da vueltas sobre la lona, Félix está aguantando.

Todo comenzó un par de horas antes en un gimnasio de avenida Recoleta, altura Metro Dorsal. Se trata del décimo noveno encuentro de Mixed Martial Arts o Vale Todo, un fenómeno con cada vez más fanáticos, clubes y que tiene hasta un programa en la televisión por cable llamado “El club de la pelea”. A grosso modo, en lo eventos Vale Todo se enfrentan luchadores de distintas disciplinas premunidos de protecciones simbólicas que, si bien logran moderar algunos golpes, no evitan la potencia del contacto directo. El escritor Álvaro Bisama, a propósito de los textos del dramaturgo Jorge Díaz, realiza una correcta definición de este tipo de combates: “Sus textos (Díaz) no se deberían medir en un platónico ring (Cortazar) sino que en esas jaulas de lucha de Vale Todo. La explicación: ahí los espectadores, el lector, contemplan cómo dos enemigos pelean con todas las armas posibles hasta anular al otro. Salen a matar. No se equivocan. Los expertos, los luchadores, --si se permite la digresión--- sostienen que un triunfo en una pelea de Vale Todo radica casi siempre en la velocidad y la astucia sobre la sangre, de la llave correcta en vez de la fuerza bruta, de esa vieja maestría, algo ninja por cierto, de apretar, de hacer sentir dolor en el nervio hasta dejar inconsciente al atacante. Todo en un minuto, sin pausa, sin tregua”.

Precisamente así fue la primera de las nueve peleas de la noche. Los casi ochocientos lectores/espectadores vimos como el ariqueño Dennys Quijada despachaba de una llave a Jonathan “la montaña” Vidal, y sus dos metros de fibra y malas maneras. Todas esas imágenes de sangre y golpes coreográficos de películas como “Retroceder nunca rendirse jamás” volaron con una llave precisa. El público rechifla porque quiere sangre. Porque pagó cinco lucas para presenciar violencia bruta, esa que permite exorcizar la violencia en cuotas que ---como la cuenta de una lavadora comprada en una multitienda--- recibimos periódicamente por el sólo hecho de transitar por la ciudad. Un público viudo de box, que iba al Caupolicán, al Manuel Plaza o a la Tortuga de Talcahuano a repetir el atávico ritual de circo romano. O a lanzar bromas como upercuts desde las graderías, las mismas que Pedro Carcuro intentaba explicar a los que mirábamos la transmisión por el Área Deportiva de Televisión Nacional en una ochentena tarde de sábado.

El animador sigue con el show dando gracias a los auspiciadores ---Mosaic Café, Pub Masivo y Diosas.cl--- para luego dar paso a la segunda pelea entre los adolescentes Kevin “Espartano” Oyanedel versus Francisco “Skeletor” Ortega. Ambos entran a la jaula con unos cascos “burbujas” para evitar daños mayores y parecen dos cosmonautas furiosos que se trenzan en una riña producto de una frustrada caminata espacial. Nada más que destacar. Me alejo del ring hasta el camarín: un rincón del gimnasio tapiado con mesas de pinpón donde los luchadores esperan su turno. Algunos elongan y precalientan con audífonos, quizás escuchando el tema de “Rocky” para crear ambiente.

Otros luchan con el aire cargado de olor a Calorub, lanzando golpes a un contrincante imaginario. Como Gonzalo Egas, el ganador de un reality granjero que más tarde saldría vencedor de la jaula bajo el acoso de tres programas faranduleros y sus cámaras/zancudo.

Los enfrentamientos continúan y suben en intensidad. Pero no hay show, ni luces, ni menos la clásica mujer que se paseaba cartel en mano anunciando los rounds. Falta algo, parafernalia. Lo más atractivo hasta este punto son las bromas del público y los apodos de los luchadores. Como en la cuarta pelea, cuando chocan Leonardo “kick boxing” Vargas versus Fabián “la furia sureña” Cañulef, de Puerto Montt. “¡Aguante muerto montt, capital de la pésima región!” grita uno desde la gradería y la risa se contagia como resfrío. “Se vieeeenen las dos úuuultimas peleas de la noooche. Agradecemos la presencia de las mujeres porque este es un deporte familiar”, dice el animador antes de invitar a la jaula a Sebastián “el martillo siciliano” Lentini y a Ángel “el perro” Rodríguez. Y esto es lo que veníamos a ver. Dos luchadores que combaten como en una película, bajo la atenta mirada de las cámaras de televisión, de fotos y celulares. Golpes en la cabeza, patadas en las costillas, llaves y todo el repertorio de un Jean Claude Van Damme cualquiera. El público grita con cada embestida. Los espectadores están felices con los casi 15 minutos de combate que finalizan con un justo empate celebrado con aplausos. Un reconocimiento al admirable derroche de energía de dos contrincantes que cierran el asunto con un fraternal abrazo de año nuevo.

Y ahora, la pelea final. Lo que todos esperan. El retorno a la jaula de Cristián “Gorila” Martínez. Un tipo que ha combatido en Japón, Estados Unidos y Brasil, donde perdió el combate por el título mundial del Vale Todo. Hijo de un ex campeón de boxeo, lleva tatuado sobre los músculos de su hombro izquierdo un gorila coronado por un antiguo casco japonés. Desde 1995 ofrece a quién lo derrote cinco millones de pesos. Tres lo han intentado. El que más duró alcanzó a estar de pie un minuto y medio. Con 41 años, él es el responsable, el niño símbolo, de este tipo de luchas en Chile. El animador lo invita al ring, y apenas pone un pie en él, unas bombas de confeti explotan llenando de papelitos el aire. Ahora sí que hay show. Pero estamos en Chile y un apagón en el gimnasio pone todo en contexto.

Cinco minutos más tarde aparece la luz, su rival y se cierra la jaula. Silencio. Pocos saben que su oponente se llama Félix González, que viene de Talcahuano y que tiene miedo. Qué importa, es un dato, una anécdota. Venimos por el “Gorila”. La pelea comienza y los golpes son distintos. Menos pirotécnicos, pero más profundos. Secos. Especialmente los de Martínez. Félix responde con algunas combinaciones que no llegan, pero los minutos pasan y él aguanta, lo tiran al suelo, una, dos, tres veces, una patada al pecho lo deja blanco y el árbitro le pregunta si está bien, si puede seguir, y Félix mueve la cabeza, sí, sí puedo. Y tras lentos minutos, lo logró. Resistió. El tiempo de pelea se acaba y el “Gorila”, para todos, es el vencedor indiscutido. Es el que recibe las felicitaciones, el trofeo más alto, los flashes, los abrazos, las palmadas en la espalda. Félix, en cambio, baja del ring solo, con el kimono salpicado de sangre, con un trofeo de consuelo bajo el brazo y una sonrisa

indestructible como su voluntad. “Es el día más feliz de mi vida”, dijo más tarde y se le nota. Finalmente pudo vencer a su toro personal aunque no haya cuernos que lo demuestren.

El ánimo de un lunes

A veces sentía que con el paso de los días, el umbral de lo que le hacía tolerable la vida, subía. Ayer sonreía con las hormigas. Hoy no. Porque la marea crece y son pocas las cosas que logran permanecer fuera del agua. Ayer, cuando sonreía con las hormigas, se internó por un camino del Cajón del Maipo, uno que sigue el curso del río por la ribera norte. En ese botadero de animales vio a decenas de perros huachos, algunos vagando en grupos, otros solitarios. De ellos, dos le llamaron la atención. El primero por su cara de por favor señor recójame, yo no pregunto y usted no me ladra; y el segundo porque lo abofeteó con una mirada directa, escrutadora. El perro puso sus ojos en la ventanilla del auto buscando a un dueño que no estaba ahí. Como si Dueño se hubiese arrepentido de arrojar una relación en un camino salpicado de relaciones rotas y él, Perro, lo hubiese reconocido y mirado como antes, cuando le decían ya Lucas, Tomás o Poroto, vamos, vamos a la plaza. Fueron tres segundos de tensión, de violines aserruchando el ambiente, y luego el retorno a la no conciencia y al no reconocimiento. A esa ignorada rutina de buscar algo para comer o algún lugar donde no caminar. Pensó que a veces se sentía como Perro.

Hoy habló con su mejor amiga. Ella le contó que estuvo tomando cervezas en la azotea de su nuevo departamento en Barcelona, llena de canciones que él le había grabado antes de partir. Le dijo que se acordó de él en ese instante. Y ahora que lo piensa, él la soñó antes de despertarse. Quizás ambos tiempos coincidieron. Justo cuando ella pensó en él, en el futuro de ese lunes, él la

soñó en el pasado a miles de kilómetros. Recordó que luego de abrir los ojos sintió una extraña sensación. Que buscó un papel para dibujar las imágenes que comenzaban a volar. En estos casos toma sentido eso de escribir con la mano y borrar con el codo. O quizás al revés. Porque la permanencia de las imágenes compiten con el paso de los segundos. Lamentablemente la búsqueda de lápiz y papel estaba restringida al radio de su brazo derecho. Hacía demasiado frío para atreverse a sacar el pie de la cama. Inmóvil, miró el techo. Las fotos se tornaban borrosas y sólo le quedó un sabor perdido en la boca para descifrar. Pensó en ella mientras manoseaba su pico. No sabía si la extrañaba o la amaba. No entendía esta sensación, como si las palabras no pudiesen dar cuenta de aquello que lo hacía mirar el techo. Es decir, las palabras no daban cuenta del pensamiento nacido en un lugar intermedio entre su ombligo y la columna. Era un pensamiento. Tenía un componente intelectual pero que, al pasar por el filtro de la conciencia, no lograba ser traducido en movimientos de la boca y sus sonidos posteriores. Siguió paralizado en el techo, ingresando lentamente a la objetividad del día. Con un pequeño indicio de que este lunes no sonreiría a las hormigas. Imaginó el despertar de su abuela en el hospital de San Bernardo a esa misma hora de ese mismo lunes. Parece que morirá luego. Pensó que debería sentir algo. Algún peso por la partida de una persona directamente responsable de que él estuviese mirando el techo y pensando en el ánimo de un lunes. Imaginó el olor del café. Antes de partir a la cocina dijo sus primeras palabras del día: maldita vejez. Se desvió al water. Meó. Se sacudió y no quiso responder a su reflejo en el espejo. Recordó algunas frases de la película de ayer, "camino con la dulce e insoportable nostalgia de drogadictos en recuperación, con esa

sed de imágenes que te pueden volar la cabeza, como un balazo en las venas". Se miró nuevamente al espejo y decidió que ese día la melancolía sería su combustible. Aceptó que no sabía caminar con una sonrisa y que no conocía otras formas. Pensó en la frágil belleza de lo que está apunto de derrumbarse, como las casas que fotografió ayer en el Cajón. En por qué resulta poético un edificio añoso y no sucede lo mismo con las personas, como su abuela, que habita las ruinas de su propio cuerpo. Partió a la cocina y mientras preparaba un café recordó la pregunta de Manuel Rojas⁸ que leyó antes de dormirse: ¿Cómo entra el hombre en el día y cómo el día en el hombre? Porque hace 450 palabras él se encontraba en el jardín de aquel día. En ese espacio que no es sueño ni vigilia. Ahora ya dio algunos pasos en el hoy/recién tomando las primeras decisiones de algo que no existe. De un presente/futuro incierto. Pensó en cómo adelantarse a las mañanas. En cómo prever el ánimo de un lunes, de qué depende vivir o morir el día. Aún no termina de pensar en eso. Encendió la tele. Ojalá tenga una respuesta cuando termine el café o el "Buenos días a todos".

Dentro de la caja

Ocho treinta de la mañana y en el estudio donde, de lunes a viernes por cuatro horas, se desarrolla uno de los mayores responsables del diario ánimo de los chilenos durante los últimos 15 años, se siente calor. Y no es resultado de "estar en casa" en esa representación transversal clase media/alta, tipo Casa & Ideas, que es el set del "Buenos días a todos". Aunque para algunas de

⁸ Manuel Rojas. Mejor que el vino. Pag. 9. Editorial Zig Zag. Santiago. 1958.

las treinta personas que estamos entre el público, ver a Felipe o Tonka en vivo es reunirse en el hogar con algún amigo o familiar querido. “Creo que la TV es como el pastor que existía al principio de la historia. Y de verdad creo que cumpla un rol social en la pega, particularmente en la mañana. Hoy día acompañar y entretener es una función social gigante. Si a partir de eso además informas y puedes hacer un aporte en una sociedad donde la gente está tan sola mejor aún, ¡la gente comparte más conmigo que con los propios familiares!”, dijo Camiroaga en una entrevista a la revista Paula.

Son las luces. Según Elisa, el calor se debe a las luces. Elisa tiene 55 años bien llevados y una cámara digital en el bolsillo para guardar a sus ídolos y mostrárselos a sus vecinas en Puente Alto que en estos momentos están encendiendo su televisor en busca de Tonka y Felipe, la ex miss Chile y el yerno ideal, la pareja más querida de la TV criolla que, gracias lo anterior, se han convertido en los principales rostros publicitario de dos multitiendas y sus respectivos y jugosos contratos.

"Yo estoy acostumbrada al ruido, a la bulla. A la voz de los dos que me acompañan en la casa mientras hago las camas o el aseo. Dejo puesta no más la tele. Y cuando descanso me siento y los miro. Pero quería verlos en vivo y en directo como se dice", agrega Elisa. Y he ahí uno de los roles que cumple el matinal entre las dueñas de casa nacionales: no sólo el audiovisual, si no también el radial. La televisión como una radio de 525 líneas. No hace mucho la radio era la tele. Por ejemplo, hacia 1960 se contabilizaban en Santiago diez radios con orquestas de veinte músicos que diariamente emitían shows en

directo con diversos artistas, folkloristas, baladistas y cómicos, entre otros⁹. Diez radios con auditorios para 250 personas que iban a las presentaciones en vivo tal como Elisa, yo y los otros 28 del público que nos sentamos y sonreímos porque la tibieza de los focos.

“Un saludo para la gente que nos viene a visitar”, dice Tonka, el coordinador de piso “aplaudan, aplaudan” y todos hacemos caso. Los animadores están prestos a revisar la prensa del día tras un escritorio alargado en lo que podría ser el comedor de la casa, entre la cocina y el living. En cada costado de la mesa hay unos televisores de pantalla plana con la imagen de Matucana con la Alameda que emite ese ejercicio panóptico, voyerista, que es la Unidad Operativa de Control de Tránsito. Una especie de Gran Reality que intenta construir una ciudad a partir de ojos/fragmentos instalados en puntos estratégicos. Imágenes que le permiten al del Paradero 23 de La Florida realizar un “viaje audiovisual”¹⁰ e imaginarse la ciudad al enterarse de que en Matucana con la Alameda hay un accidente y su correspondiente congestión. Mientras toma un café y mira el televisor, el del Paradero 23 logra recomponer la totalidad de la urbe. Como la cámara sobre el helicóptero que a veces sobrevuela Santiago, o aquella instalada en la cumbre del San Cristóbal después de la lluvia. Todos ellos simulacros de aquello que, salvo contadas excepciones, se nos niega: mirar a la ciudad desde arriba, completa. Pero ese simulacro es, en parte, eficaz, ya que contribuye a desarrollar imaginarios sobre aquello que no conocemos, así como también de los lugares

⁹ Fabio Salas Zúñiga. La primavera terrestre: cartografía del rock chileno y la nueva canción chilena. Pag. 27. Editorial cuarto Propio. Santiago. 2003.

¹⁰ Néstor García Canclini. Imaginarios urbanos. Pag 120. Editorial Eudeba. Buenos Aires. 1999.

que ---se nos dice--- no queremos conocer porque son emblemas de inseguridad, de algo de lo cual hay que escapar. Al igual que los programas/denuncia que resumen en una hora los lanzazos y peleas de seis meses captados por las cámaras de seguridad en el centro de Santiago y que nos alertan de lo peligroso del Paseo Ahumada. Y mientras estamos bajo las frazadas y afuera hay dos grados, obviamos que en las imágenes del programa hay sol y los “antisociales” visten pantalón y manga corta. Pero da lo mismo. Porque el programa nos relata una realidad que no queremos experimentar. Y si lo dice la tele...

Comerciales.

Tonka bosteza. En la cocina comienza el trabajo de producción y Felipe saluda desde el comedor, y avisa que más tarde se acercará para las fotos y en un ataque hormonal, las mujeres gritan que venga, que es tan lindo, tan dije. Pero no puede porque volvemos al aire y hay que aplaudir.

La revisión de la prensa escrita continúa con la usual profundidad de un plato hondo. Pero se sabe, no es novedad, que la televisión no resulta muy favorable para la expresión del pensamiento. Establece un vínculo, negativo, entre la urgencia y el pensamiento. No hay espacio para el debate. Y uno de los mayores problemas, según Bourdieu¹¹, que plantea la televisión es el de las relaciones entre el pensamiento y la velocidad. ¿Cómo consigue Camiroaga razonar y comunicarse bajo condiciones en que pocos son capaces de hacerlo?

¹¹ Pierre Bourdieu. Sobre la televisión. Editorial Anagrama. Barcelona. 2005.

La respuesta, según Bourdieu, es que piensa mediante ideas preconcebidas, es decir, mediante "tópicos". Las ideas preconcebidas son ideas que todo el mundo ha recibido, porque flotan en el ambiente, convencionales, corrientes; por eso el problema de la recepción no se plantea: no pueden recibirse porque ya han sido recibidas. La comunicación es instantánea porque, en un sentido, no existe. O es sólo aparente. El del Paradero 23 de La Florida no realizará un análisis, ni siquiera superficial, de la política sobre las drogas. Sólo sumará al preconceito de que la droga es dañina, la información aparecida en los diarios de ese día de que en los últimos dos años han aumentado en un dos por ciento el consumo de marihuana.

E Iván Torres aparece en escena. El hombre del tiempo. Igual a los dibujos de Fontanarrosa. Con esa cara de bonachón, de tío parrillero bueno para las piscolas que abundan en nuestras faunas familiares. Uno de los hombres con mayor responsabilidad mediática en el país. Porque basta un pronóstico equivocado, una lluvia no prevista para que miles, que siguen al pie de la letra lo que dice, concurren este lunes a sus trabajos sin parkas ni paraguas, y luego los resfríos y, eventualmente, la congestión de los servicios de urgencia. Elisa de Puente Alto lo sabe. Por eso cuando Iván Torres va saliendo del estudio le pide que pare. Que ella le cree. Que una foto. Si es igual en persona que dentro de su tele, sentencia Elisa.

Es divertido observar el ballet que se produce tras cámaras en una transmisión en vivo. Porque mientras Tonka anuncia para el próximo bloque "El juego de los sueños de margarina Calo", algunos tramoyas están listos para ingresar al

set el panel de cholgúan que sirve de tablero. Justo cuando Felipe busca la manera de llevar la conversación a un punto donde pueda decir “claro, al igual que Omo ropa blanca”, otro tipo corre a poner la cajita de detergente sobre una tarima y un tercero se instala junto a la cámara con cartulinas y el texto que Camiroaga debe leer. Y por el audio interno del estudio aparece Patricio Frez, la voz del matinal, que tras años sin mostrar su rostro y alimentar con su particular tono las fantasías de las dueñas de casa, decidió exhibirse y de paso asesinar la imagen que su voz construía. Y Frez dice que no nos separemos de la transmisión, que nos vamos nuevamente a comerciales mientras afuera el país sigue su rutina y a la ciudad se le empieza a abrir el apetito.

Conforme pasan las horas del programa, las ganas que tienen las mujeres del público (la mayoría, las de 35 hacia arriba) de conocer a Camiroaga, de olerlo, tocarlo o todas las anteriores, suben como leche hervida. ¡Gurú! le grita una. ¡Acércate! le dice otra. Y Felipe mira de lejos, se ríe. Por la puerta del estudio aparecen Raquel Argandoña y Ricarte Soto, los encargados de la farándula en el Buenos Días, y el público los llama ¡Raquelita! y Raquelita sonríe hasta lo que le permiten sus operaciones estéticas y se hace la desentendida, y Ricarte se acerca para tomarse unas fotos, para escuchar de la boca de Elisa que se ve muy lindo en vivo, para firmar un autógrafo dedicado a Estrellita, la hija de mi vecino de asiento.

Volvemos al aire. Es el momento de “El juego de los sueños de margarina Calo” y para eso hay que llamar a una de las miles de personas que se

inscribieron por teléfono. “Aló, Buenos Días a Todos” dice Tonka, a lo que Teresa de Quilicura contesta de la forma en que nos han aleccionado por años: “el matinal de Chile”. La tradición de esas sencillas palabras permite que el orden de las cosas se mantenga, que no se desplomen las bolsas ni los aviones que se elevan en el Arturo Merino Benítez. El juego parte y Teresa tiene que ir guiando a los animadores para que destapen los rectángulos de cholguán en los que se ocultan los premios. Una extraña tensión cruza el ambiente. Las posibilidades de Teresa se agotan y le queda la última oportunidad. Felipe destapa el rectángulo elegido donde se lee “sueldo anual” y Teresa lo ha conseguido, ¡doscientos mil pesos mensuales por un año!

Fiesta. Aplausos. Los animadores bailan y se acercan a las cámaras, al ojo, y en las pantallas de medio Chile se ve el rostro de Tonka gigante, o más grande, y comienza un juego de luces en el set, y nos piden que aplaudamos más fuerte porque Teresa de Quilicura ganó, porque entonces todos ganamos, y sólo falta que tiren el confeti desde el techo y que salgan unos tipos disfrazados de osos de peluche para que esto sea una película de Lynch, y a unos metros, fuera de cámara, fuera de la fiesta, Argandoña mira todo desde un sillón, en pleno living de la casa, bajo unos libros virginales que nadie ha hojeado y que de seguro deben estar llenos de polvo. Raquel observa todo con vergüenza ajena, ignorando la ¿falsa? alegría de Patricio Frez, de Tonka, del público, de Felipe que aprovecha el minuto de éxtasis mediático para presentar a “Six Pack”, y pienso que es muy temprano para tomar cerveza, aunque no sería malo, pero se trata de seis prepúberes que actúan en una serie infantil del canal llamada “Karkú”, donde la figura principal es Raquelita, la hija de la Argandoña, que ya aparece en portadas de revistas, en

las mismas donde su mamá se informa para hablar de la vida privada de otros, pero eso por ahora no inquieta a Raquelita que toma el micrófono y dobla un tema de la serie, mirando y cantando a la cámara con la soltura aprendida quizás observando a otros grupos clones como “Kudai” o los mexicanos de “Rebelde”, y junto a Raquelita, los cinco prepubes parecen sus hermanos chicos que juegan a cantar en el living de una casa, de esta casa/tipo, y nosotros aplaudimos e insisto, dos hombres/pelucho y esto es una de Lynch. La canción termina y Elisa aprovecha para disparar con su camarita a los niños mientras la mañana se termina en la maquetada cocina donde una chef prepara, como en los sketches del “Jappenin con Ja”, un plato en dos minutos que abre el apetito a todo Chile, y afuera, en las calles de Santiago, el hambre de las doce se combate con un par de sopaipillas al paso o unos completos en el Fernández Concha, y Felipe y Tonka dicen hasta mañana, gracias al público, gracias por la sintonía que día a día los mantiene como El Matinal de Chile. Buenos Días a Todos.

Servicio Militar Express

Lunes 7 de mayo. Zapping. Megavisión. Una retroexcavadora aparece entre el humo de la pantalla y cinco carabineros, con cuatro revólveres y una UZI¹², comienzan a disparar contra la máquina: uno al aire, otro al suelo y tres al vehículo. Según el sumario de la investigación del hecho, los policías se defendían de un ataque por parte de Rodrigo Alexis Cisterna Fernández, uno de los tres mil trabajadores de la forestal Bosques Arauco que manifestaban su descontento ante la oferta salarial realizada por la empresa, tras cuatro días de huelga en Curanilahue, Octava Región. Fueron 35 disparos. Tres alcanzaron a Rodrigo. Tenía 26 años. Zapping. Televisión Nacional. Final de Pelotón, el reality ambientado en escuela militar que en estos momentos hace explotar el raiting con toda su parafernalia televisiva. Pienso en cuántos van a querer hacer el Servicio Militar después de esta noche. Marengo, Matulic y Álvarez, los aspirantes a llevarse los 50 millones de premio, son recibidos bajo aplausos y vítores. Álvarez, técnico de alimentación en Graneros, no cree el espectáculo que presencia y sus ojos se llenan de lágrimas. “Ya gané, te juro que ya gané”, repite a quien quiera escucharlo por TV y al verlo recuerdo el día en el que casi pude ser uno de ellos.

Eran las 8:30 de la mañana de un día de diciembre y el sol lo inundaba todo. Caminaba rápido por la elipsis del Parque O’higgins, y las imágenes de paradas militares anteriores se mezclaban con las de ese día. Tiempos superpuestos.

¹² Diario El Sur. Chile. 6 de agosto de 2007.

Imágenes de volantines salpicando el cielo de septiembre entre el humo de los asados y el ruido de aviones y helicópteros. Imágenes de padres orgullosos de que sus hijos cumplieran tan alto honor. De algún uniformado desmayado mientras sus compañeros se hacían olímpicamente los desentendidos. De bostas de caballos aplastadas por las botas militares. De chicha en cacho, de Pinochet, de un despliegue de parejas bailando cuecas de cartón, del Club Gil Letelier y la inexplicable necesidad de transmitir todo esto por cadena nacional, como si tal exhibición fuese una dosis anual obligada de patriotismo del cual debemos sentirnos orgullosos por ser chilenos, por tener un ejército tan bien adiestrado, tan profesional, siempre vencedores y jamás vencidos. Como si la resaca del 19 de septiembre no fuese ya suficiente, si no que además deben reventarnos la cabeza con el pulso metálico de las marchas militares.

La verdad es que no tenía claro qué iba a encontrar. Me dieron sólo dos instrucciones. Ve al casting del reality militar de TVN y lleva ropa cómoda ya que tendrás que enfrentar pruebas físicas. De inmediato imaginé a un tipo enfundado en ropajes camuflados que a la menor provocación me gritaba ¡dame cien! Pero lo que se venía iba a ser un poco más duro. La fabulosa idea a la que acepté como floreo de mi versatilidad reporteril, era pasar tantas pruebas como fuese posible y quizás integrar la selección final para contar lo que viera desde dentro, un verdadero espía de reality.

Una larga fila de doscientas personas ya estaba instalada sobre el cálido cemento de la elipsis. ¿Por qué una persona está dispuesta a enfrentar tantas

incomodidades y vivir la experiencia de un reality? ¿Fama? ¿Dinero? ¿Exhibicionismo? ¿Todas las anteriores? “Sentir cosas distintas”, me respondió Melanie ---22 años, ojos claros, metro 50--- y junto a ella su madre asentía con la cabeza. Venían de Freire, localidad próxima a Temuco. Habían viajado toda la noche y sus ojeras lo delataban. Ese mismo día Melanie se titulaba de diseñadora de vestuario en el liceo industrial donde estudiaba, aunque las ganas de estar en la televisión pudieron más. “Suerte”, les dije cuando uno de los guardias/roperos del canal separó la fila entre hombres y mujeres.

Las filas de interesados en convertirse estrella de TV crecían y el lugar comenzaba a parecer una competencia de alianzas escolares. Los reporteros del matinal estatal revoloteaban entre los obstáculos y el animador por los altoparlantes gritaba “¡Cómo está la fila!” a lo que todos respondíamos “¡bieeeen!”. Al fondo, el ex productor de Canal 13 Nicolás Quesille daba las últimas instrucciones para dejar en óptimo estado el circuito de pruebas. Ese era el primer colador para los postulantes, en especial el obstáculo de la pared: un metro 70 de tablas y desilusiones.

Pero vamos por parte. Para hacerse una idea del circuito hay mezclar dos porciones de tradicional gymkhana, una de Mekano y cinco de academia militar. En primer lugar estaba la cuerda sobre el barro, que no necesita mucha explicación. Luego el “punta y codo” bajo una malla de kiwi verde. De ahí la ya mencionada pared, que daba paso a la “telaraña”. Una maraña de cuerdas donde se debía buscar los intersticios para salir indemne. Y

finalmente, la “red trepadora”. Especie de montaña de cuerda en la que se escalaba como si no se supiera caminar.

Las horas pasaban. El sol buscaba su momento perpendicular y claramente el gordito del tiempo de TVN iba a quedar corto con su pronóstico de 30 grados. Los vendedores ofrecían dulces y ¡maní salado! Hubiese dado mi pie izquierdo por un helado de piña o una Coca-cola. Y como sucede en las largas esperas, la necesidad de matar el tiempo con palabras te obligaba a iniciar conversaciones. Dos de los cinco que me rodeaban venían de la Séptima Región. Otro dijo que andaba en el médico. Y casi todos habían hecho el Servicio Militar. Claudio ---23 años, metro 70, tatuajes en los brazos--- lo realizó en Punta Arenas. Buenos amigos, malos recuerdos. “A veces, cuando te castigaban, te hacían salir al patio en medio de la noche a pata pelá. Y te dejaban ahí parado, con ese frío que te congelaba los huesos”, rememoraba con una media sonrisa. Los cinco buscaban un poco de fama, aunque eran concientes de que la posibilidad de integrar el reality era remota. “Nunca llaman a gente como nosotros. Siempre eligen a famosos o gente con pitutos” decía Claudio.

Las filas sumaban cerca de 800 personas y el animador estaba en su salsa. Cada treinta segundos tiraba al aire una sarta de clichés del tipo “un grupo en busca de su destino”, “nadie dijo que esto iba a ser un juego de niños”, “Pelotón, el honor está en juego”. Y finalmente los primeros postulantes ingresaron al circuito para dar inicio a las pruebas físicas. Instante propicio para ver qué tan duro era el recorrido y qué tan alta era la pared. Suena un

pitazo y los primeros tres concursantes de lanzan sobre la cuerda, se tiran al suelo en punta y codo, corren hacia la pared y... sólo pasa uno. Y de cabeza. La risa generalizada de las extensas filas al sol dio paso a las técnicas personales para traspasar el muro. “No, loco, lo que tenía que hacer es empujarte con las manos y poner el pecho y ahí, zas, para el otro lado”, decía Claudio.

Mientras más nos acercábamos a la entrada del circuito, el silencio se hacía presente. Las mariposas comenzaban su trabajo en el estómago y el calor se tornaba insoportable. En especial para aquellos que no se enteraron que el casting incluía pruebas físicas y estaban vestidos para matrimonio. Después de cuatro horas y media al sol, por fin era mi turno y el de los vecinos. Al ingresar al recinto de las pruebas, te ponían un número en el pecho y te pasaban una hoja. Se trataba de una declaración y carta de autorización para el uso de imágenes y liberación de responsabilidad de TVN en caso de accidentes.

Nos llamaron. Me enfrentaba a dos concursantes bastantes más atléticos. Dieron el vamos, las dudas volaron y me tiré sobre el barro firmemente agarrado a una cuerda. La adrenalina corrió como golpe eléctrico y luego me tiré al suelo en punta y codo bajo la malla de kiwi como cadete de película militar gringa. Contra todo pronóstico salí primero camino a la pared. Corro, salto, me tomo del borde superior y todas las técnicas enumeradas en la fila de hace un rato se olvidan. Quedo balanceándome sobre la pared de un lado a otro con mi panza como colchón. Me bajo y vuelvo a intentarlo. Esta vez con

éxito. Ahora la telaraña. Íbamos empatados con los otros dos participantes y yo moría. Me tiré un piquero entre las cuerdas y el pantalón de buzo que traía puesto, en las rodillas. Afortunadamente las transmisiones en vivo habían concluido hace un rato. Y me rindo. Tal como decía el animador “el honor está en juego”, así que tranquilamente me subí los pantalones, caminé hacia la montaña, la subí empujado por la fatiga y llegué último. Blanco, agotado y lleno de rasmillones. Cuatro horas y media de espera, para competir 50 segundos y salir último. Último, pero con el honor immaculado.

Juegos subterráneos

“Pero ya el metro me había enseñado que siempre se puede cambiar de línea y de andén y que, si uno no puede escapar a la red, ésta permite sin embargo algunos bellos rodeos”

(Marc Augé, “El viajero subterráneo: un etnólogo en el metro”)

A veces creo que la invento. Y es duro no saber si esa silueta era ella o se trata de una negra broma que me juego. Si hasta escucho risas culposas en ciertas zonas de mi cerebro. Recuerdo estos mismos paseos en metro que hacíamos los domingos. Le encantaba que fumáramos antes de subirnos y luego mirar a la gente a los ojos, desarmarlas en esos incómodos segundos. O imaginar que éramos personajes de Cortazar, que Santiago era París y que nos encontrábamos arriba de este carro por esas casualidades que no existen. “Somos el anciano recuerdo de tus veinticuatro años” soltaba al aire, como quien habla del clima. Y después sonreía. La miraba con mis ojos enrojecidos, pensando en qué mierda iba a hacer cuando se diera cuenta de que yo no era lo que buscaba. Y dos estaciones más allá jugábamos a conocernos de nuevo. Se ponía nombres extraños. Profesiones imposibles. Que venía del sur, que sus nueve hijos la esperaban en una casa de cuatro por cuatro. A veces era una ninfómana con ínfulas de escritora que recorría los vagones en busca de hombres/presa, para luego llevarlos a un motel de Vicuña Mackenna y tirar todo sobre una página, una servilleta o cualquier cosa que aguantara. Una vez cuando me encerró un par de horas en uno, escribió largo rato en mi espalda. Y mientras caminaba por las calles de vuelta a mi casa, con la sonrisa de los

felices condenados a muerte, imaginaba qué decía. Sólo quería apurar el paso y mirarme al espejo. Y leyéndome de antemano, dibujó en mi espalda una serie de garabatos del tipo “pico p’al que lee”. Qué podía hacer con ella. Se me escapaba a cada respiro.

Domingo. Observo el reflejo de su rostro ausente y de mi roja mirada en el vidrio del vagón semivacío. Bajo y escondo mis ojos en el “Manuscrito hallado en un bolsillo” de Cortazar, donde leo una de esas invitaciones disfrazadas de infancia, como correr tras una pelota o elevar volantines en el potrero: “La regla del juego era ésa, una sonrisa en el cristal de la ventanilla y el derecho de seguir a una mujer y esperar desesperadamente que su combinación coincidiera con la decidida por mí antes de cada viaje (...) reclamando la posibilidad de que todo coincidiera alguna vez”.

Comencé cuatro días después en la estación Las Torres de la línea 4. El gris inunda todo el sector. Llega a ser asfixiante, como si la autopista de Américo Vespucio y la línea de metro que la divide fuesen un río de concreto. Me dirigía a la plaza de Puente Alto sólo para atestiguar cómo era su plaza un jueves después de almuerzo. Y cuando bajaba por las escaleras del andén la vi entrando al vagón, o creí haberla visto. En una ocasión me sucedió lo mismo, a las 8 de la mañana, aunque esa vez era ella y durante siete estaciones hablamos sólo para no sentirnos incómodos. Por eso no pensé mucho en lo de la sonrisa mientras subía al carro y lograba meterme a penas por la puerta de un extremo. ¿Qué iba a hacer si era ella? No lo había decidido. No era lo importante, supongo.

La busqué. Caminé contra el desplazamiento del tren, con la prerrogativa que otorgan algunos medios de transporte de avanzar retrocediendo. Los pasajeros miraban sin mirar: aquella técnica aprendida de instalar la vista en los intersticios bajo la tácita ley de no poner tus ojos en los del otro. Repasando por enésima vez el trayecto en los dibujos que muestran las líneas, o releendo las advertencias que insisten en tener cuidado con la separación entre andén y vagón. Por eso la publicidad del metro es tan aplastante. Porque no tienes la posibilidad de mirar hacia otro sitio. Algunas trayectos “aéreos” de ciertas líneas (4 y 5) permiten confirmar que la cordillera está ahí, imaginar el valor de otras vidas mientras viajas sobre los techos de casas pareadas e incluso, por diez segundos, observar/imaginar el interior de la cárcel de mujeres de mujeres ubicada entre las estaciones San Joaquín y Pedrero de la Línea 5. Pero basta ingresar bajo tierra para caer en la incomodidad de mirar otros rostros, y de esa forma en la necesidad de descansar la vista en los nuevos zapatos Guante o en lo refrescante de una cerveza Cristal, como llegando a una balsa en medio de un mar de ojos que se evitan.

Me acercaba rápidamente a la estación plaza de Puente Alto, visitando estaciones cuyos nombres no me decían nada: Elisa Correa, Protectora de la infancia, hospital Sótero del Río. Ahí se bajó. La miré de espaldas a través de la ventanilla esperando que girara, y al igual que en las películas no era. Seguí hasta la estación terminal que sale directamente a la plaza. Afuera el sol me trasladó al centro de Chillán, o Talca o Los Ángeles. El aire provincial de jueves por la tarde en Puente Alto era disfrutado por los jubilados y perros al

sol. Dos mujeres con chapitas de Herbalife (controle su peso ahora, pregúnteme cómo) se apoyaban en el monumento a Manuel Rodríguez y algunos oficinistas bajaban el almuerzo jugando en unas máquinas de apuesta que reemplazaron a los “flippers” de antaño. Junto a un negocio de celulares, alguien pegó una fotocopia: “quien ha pensado lo más hondo, ama lo más vivo” (Holderlin). Vuelvo al metro.

Viernes. Estación Salvador. Crucé una mirada fugaz y una sonrisita en el cristal que me hicieron apostar a la de audífonos. Las ganas con las que besó al hombre junto a la escalera me dejaron en claro que ese día las coincidencias no iban por ahí. Era marzo y el metro ya recibía las hordas que no podían movilizarse sobre tierra debido a la fallida implementación del sistema de transporte público Transantiago. Cada día se rompía un nuevo record de traslado, llegando a los dos millones de personas. Las imágenes de siete individuos por metro cuadrado del metro de Tokio, eran revividas de lunes a viernes por los santiaguinos en las horas peak. Hasta que alguien murió.

Juan Pontigo tenía 50 años y era carpintero. Vivía en el pasaje Colchagua de la comuna de Conchalí y ese día de mediados de marzo había hecho un “pololito” en Manuel Montt. A las 18 con veinte se dirigió a la estación del mismo nombre. Pasaron dos carros llenos que tuvo que obviar y en el tercero se metió como pudo, empujándose contra la muralla de personas. En la estación Salvador no aguantaba más y alcanzó a tragar un poco de aire tibio cuando las puertas se abrieron. A las 18:37 Juan Pontigo cayó al suelo del vagón en la estación Baquedano. Un pasajero activó el freno de emergencia y

una paramédico hizo el intento de reanimarlo. Pero ya era tarde. La falta de aire, su hipertensión y el metro más atiborrado de su historia le provocaron un infarto al corazón.

Sigo en Salvador. Son las 18:30 y pienso en la bocanada de aire de Juan y en Iris Leiva Pérez, Carlos Ortega Ramos y Tito Castillo, los otros muertos del metro. ¿A quién le importa? Los carros siguen pasando con aire bovino, repletos de personas y sus rostros perdidos. Estoy parado tras la línea amarilla, jugando al tragamonedas, adivinando el punto donde se abrirán las puertas, en espera de que alguien baje para ocupar su lugar. Gasto minutos, monedas. Ya van cinco trenes y aún no puedo subir. Finalmente logro pararme justo donde se abre la puerta. Estas se deslizan y nadie habla. Un silencioso bloque compacto, “la colectividad sin el festejo y la soledad sin el asilamiento”¹³. Diez segundos eternos hasta que el “precaución con el cierre de puertas” me devuelve a Salvador. Es parecido a tocar el timbre de alguna casa, esperar que te abra el dueño, mirarlo por diez segundos, darte media vuelta e irte. Como un testigo que te golpeó la puerta un domingo en la mañana y no pudo evangelizarte.

De alguna forma, el mundo subterráneo del metro podría pasar por la suma de nuestros mundos interiores. Hay en esa concentración de multitudes solitarias, donde cada individuo parece movido y guiado por la idea fija de un horario estrictamente calculado, una metáfora de lo que somos como individuos. Es más, si la ciudad fuésemos cada uno de los que la habitamos, si

¹³Marc Augé. El viajero subterráneo: un etnólogo en el metro. Editorial Gedisa. Barcelona. 1987.

Santiago fuese un cuerpo humano, creo que el sistema sanguíneo estaría representado por las calles y avenidas (arterias viales), el digestivo por las cloacas y el nervioso por la red del metro. No sé si habrá relación, pero me hace sentido comprobar la tensión de la capital en algunas de esas bandas negras de goma de las escaleras mecánicas de la estación Universidad de Chile, totalmente perforadas por los pellizcos o el juego inquieto de los dedos.

El sistema nervioso es una red de tejidos (líneas), que tiene como principal unidad las neuronas (pasajeros). Anatómicamente, el sistema nervioso se agrupa en distintos órganos, los cuales conforman estaciones (¿estaciones terminales y de intercambio de la red metro?) por donde pasan las vías neurales. Así, se pueden agrupar estos órganos, según su ubicación, en dos partes: sistema nervioso central (línea uno) y sistema nervioso periférico (Líneas 2, 4, 4A y 5). Las neuronas son células conectadas entre sí de manera compleja, que conducen gran variedad de estímulos usando señales electroquímicas llamadas sinapsis. Estas coordinan múltiples funciones del organismo. Podría traducir las sinapsis como el encuentro de dos personas, la construcción de sentido entre ellas. Si no funciona, si hay un quiebre en esa comunicación, en la suma total de las sinapsis, todo el sistema (la ciudad) se resiente. Se estima que un adulto puede tener entre 100 y 500 billones de sinapsis. ¿Será el número de posibilidades, combinaciones que tenemos como individuos en una ciudad? ¿Será ella con carpetas en la mano en la estación Universidad de Chile una de esas posibilidades? La sigo.

Me subo a un vagón antiguo, de paredes color crema y asientos naranjos. Aquella estética setentera, similar a la de los “dinner’s” del centro o los hospitales públicos. De hecho, hay algunas estaciones de la línea 4 y 1 que perfectamente podrían ser parte del Hospital Salvador o del J.J Aguirre. Hay un olor a dictadura en la línea uno, además de su estética, porque ahí siempre es de noche. Excepto cuando el metro sale de las entrañas de la ciudad entre Las Rejas y Pajaritos, donde sucede algo similar a cuando encienden la luz de un cuarto escasamente iluminado. La luz entra con fuerza a medida que el tren avanza, como avisando a los que caen preso de esa modorra de transporte público (que sueñan con vagones vacíos y andenes desiertos en esos cinco segundos en los que los párpados se rinden) que pronto el carro arribará a la estación terminal San Pablo. Mientras la de carpetas en la mano se pone de pie para descender imagino una historia en cien palabras con los nombres de las estaciones¹⁴. La observo no mirarme.

Cambio de andén. Un tipo de unos sesenta y cinco, de correcto terno es mi excusa esta vez (Ni ella, ni sonrisa, ni mujer. Perdóneme don Julio) Hay una actitud parsimoniosa en su andar. “El viajero asiduo de una línea de metro se reconoce fácilmente por la economía elegante y natural de su modo de proceder”¹⁵, en la ubicación que toma, “en la extrema precisión de

¹⁴**Amor de estación.** En Baquedano miró coqueta y dijo periodismo, pero no sabía si en la Católica ---se lo preguntaría a Santa Lucía--- o en la Chile. Contesté que dependía de las monedas, y que la mayoría de los héroes de las repúblicas de esta Unión Latino Americana habían ido a la universidad. En la Estación se acercó a mi boca y dijo suavemente que también le gustaba la Usach, y que siempre le pide al Padre Hurtado que cuide a su familia en Ecuador. En Las Rejas sentía pajaritos en mi cabeza, como si estuviese en Neptuno. En San Pablo me besó.

¹⁵Marc Augé. Op. Cit. Pag. 14.

movimientos maquinales”¹⁶. Me enchufo los audífonos, pulso play y me aílo. El metro ahora es otro. Todo transcurre como una película, pero a diferencia del cine o la televisión, aquí es el espectador el que pasa y las imágenes permanecen. Filmo cortos en Neptuno con mi propia banda de sonido, cierro un ojo, cámara uno, cierro el otro, cámara dos. Recuerdo a Lemebel: “el personal estéreo es un pasaporte” y no puedo estar más de acuerdo. Pongo Charlie Parker con la esperanza de encontrar el saxo de Johnny bajo alguno de los asientos.

Estación Los Leones. Sigo al tipo mayor de terno que se aproxima a la salida y con dificultad sube las escaleras, cuya rigidez marca despiadadamente la desigualdad de los cuerpos y las edades. Sucede con Los Leones así como con Universidad de Santiago, Bellavista La Florida y algunas otras estaciones, que sus salidas y accesos están conectadas a malls, terminales de buses o edificios de servicios. Es decir, existe la posibilidad de ingresar bajo tierra, subir al vagón, bajar de éste, entrar en un edificio, realizar un trámite, abandonar el edificio, subir nuevamente al vagón, bajar y salir a la calle sin respirar aire fresco en todo el trayecto. Como si toda la red del metro fuese un gran hormiguero con todos nosotros dentro. En algunas estaciones de intercambio de líneas, efectivamente nos desplazamos como las hormigas creyendo repasar mecánicos trayectos aprendidos por la costumbre, siguiendo las instrucciones de caminar por la derecha o buscando la forma de llegar lo más pronto posible al punto del andén que elegimos sin saber por qué ¿Pero quién dice que tal comportamiento no obedece a un componente químico que

¹⁶Marc Augé. Op. Cit. Pag. 18.

secretamos los que hacemos tal o cual recorrido, reforzado por esas líneas de colores adheridas al piso que adiestran a los primerizos?

El tipo de correcto terno obvia el Almacenes París de la estación Los Leones y sale a la superficie. Lo miro a contraluz dejándose llevar por una escalera mecánica. A veces pienso que todos nacemos al emerger desde el sub suelo. Que Santiago, la metrópolis (meter = madre; polis = ciudad) es una gran madre. Exigente, feroz y que a veces come carne cruda, pero una madre que acoge a quien no se entrapa en su cotidiana superficialidad.

Sucede algo particular cuando viajamos en metro respecto a imaginar la ciudad. Arriba de una micro podemos perfectamente, por lo general, ubicarnos y dejar que nuestros propios recuerdos dibujen un mapa de Santiago. “Tomo la micro en Macul, luego ésta se va por Bilbao hasta Providencia, de ahí hacia la izquierda hartas cuadras y me bajo en San Diego, al lado de la casa central de la Chile”. Aquí el recorrido es imaginado a partir de las “fotos” que tenemos en nuestra cabeza, mientras más hayan, más exacto es el mapa mental. Cuando viajamos en metro no sucede lo mismo, específicamente en los trayectos subterráneos. El viajante sólo se relaciona con el trayecto mediante los puntos que éste une (¿Cómo será el mapa mental de alguien que trabaja en el Almacenes París de la estación Los Leones y que utiliza el metro como medio de transporte diario? ¿Qué fotos revisará para imaginar la ciudad, para armar sus mapas mentales, sin contexto que los soporte?) Dentro del túnel, la persona sólo sabe que está entre dos estaciones, sin conocer con exactitud su posición. Nos entregamos al metro en

un acto de confianza absoluto y terrorífico al mismo tiempo. “A diferencia de la marcha en la calle, donde las opciones y la vigilancia son incesantes, basta iniciar el descenso para que una mano invisible se apodere de la nuestra y nos lleve sin la menor posibilidad de elección hacia el destino prefijado”¹⁷. El espacio público parece replegarse a un segundo plano, la ciudad se convierte en fondo de recorridos habituales, los cuales antiguamente establecían una relación directa de interacción con el transeúnte. “Las ciudades han perdido el equivalente de esos lugares animados producidos por una historia más antigua y más lenta, donde los itinerarios individuales se cruzan y se mezclan, donde se intercambian palabras y se olvida por un instante la soledad”¹⁸.

“Basta a veces el azar de un itinerario (de un nombre, una sensación) para que el viajero distraído descubra repentinamente que su geología interior y la geología subterránea de la capital se encuentran en ciertos puntos, descubrimiento fulgurante de una coincidencia capaz de desencadenar pequeños sismos internos en los sedimentos de su memoria”¹⁹. Mapas mentales, hormigas, fotos, muchas personas, música. Todo se mezcla. Cambio de ánimo como de canción en el personal. Estoy en Los Héroes y la mujer que repasa con el dedo el trayecto que debe seguir en el mapa de ubicación del metro, me hace recordarla nuevamente. Pequeño sismo. Aquella vez mirábamos también el dibujo de la red y me dijo que tenía un mapa de Santiago en su pieza. Que un día se le ocurrió subrayar con destacador sus desplazamientos. Ahí se dio cuenta de su andar geométrico, de las fronteras

¹⁷Julio Cortazar. Bajo tierra.

¹⁸Marc Augé. Los "no lugares" espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad. Editorial Gedisa. Barcelona. 1993.

¹⁹Marc Augé. El viajero subterráneo: un etnólogo en el metro. Pag 12. Editorial Gedisa. Barcelona. 1987.

que sus movimientos proponían bajo la cuadrícula gendarme. Porque en Santiago hay fronteras entre las varias ciudades que componen la capital ¿En qué momento se pasa de una ciudad a otra? ¿Existen fronteras tangibles, hitos, lugares o se trata de líneas invisibles, zonas que se funden en otras sin límites claros?

Si la ciudad fuese una melodía, “su diseño y organización son la pauta o el organigrama que será interpretado personalmente a ritmo específico”²⁰. Al igual que en la ciudad para saber en qué parte de la canción estamos o cuánto queda de ella, se debe relacionar las partes con la totalidad, es decir, comprender la melodía como un sistema global. Cada parte existe solamente en función del total. Si una de ellas desentona, no encaja o produce un quiebre ---como el sistema de transporte público luego de la implementación del Transantiago---, la melodía se reduciría a partes desvinculadas y fragmentadas, subrayando con ello las fronteras entre las ciudades que coexisten en Santiago, desde los verdaderos ghettos que se dan en la periferia, hasta el otro país (ya ni siquiera ciudad) que existe en Vitacura o Lo Barnechea.

Subo al carro repleto. Dejo los audífonos puestos pero detengo la música. Escucho el golpeteo de un death metal que brota desde los audífonos de mi vecino, y de un hip hop del que va en frente. La temperatura es sofocante y pienso en Juan Pontigo. Hace demasiado calor y hay demasiada gente agotada para buscar sonrisas o microgestos que denoten conexión con ser alguno.

²⁰Diego Jurado. Psicografías metropolitanas: mapas mentales a partir del metro de Santiago. Tesis Facultad Arquitectura y Urbanismo.

Excepto con un niño que se las arregla para jugar con los dedos de su mamá en este bloque humano. Ellos son los únicos que disfrutan el metro, que ven el lado lúdico de todo esto. Los únicos que te miran a los ojos “hasta el día en que les enseñan a situarse también en los intersticios, a mirar si ver, con esa ignorancia civil de toda apariencia vecina, de todo contacto sensible”²¹. El aire dentro del vagón está un poco más denso que en los andenes. Aquel aire falso, plástico, que podría cortarse con un cuchillo. Hasta que sube ella en Baquedano. No es Ella, aunque se parece, y suena cursi, pero es una brisa de flores. Apuesto a que ése es el apellido del detergente de su ropa: “Omo matic, brisa de flores”. Se instaló frente a mí. A escasos centímetros. El vagón seguía repleto, pero el perfume de su ropa todo lo mejoraba. Cerré los ojos y acerqué apenas mi nariz a su espalda para salvarme del olor plástico. Y no sé si me sorprendió con los ojos cerrados y la nariz estirada, pero cuando los abrí, noté una sonrisa en el cristal que no devolví por la absoluta vergüenza que me llenaba el cuerpo desde los pies. Por fin estaba jugando don Julio, aunque sin la menor intención de hacerlo. Supongo que esa es la respuesta.

Se bajó también en Tobalaba para hacer la combinación con la línea 4. Caminábamos a otra velocidad, separados por un par de metros, mientras todos apuraban sus pasos con la mínima esperanza de alcanzar un asiento en el vagón vacío. Algunos ventiladores cuelgan en ciertas paredes de la estación con un halo de humor negro. Bajamos la escalera y sentí que la coincidencia me golpeaba la puerta. Tuvimos que esperar dos trenes para subirnos y quedar sentados frente a frente. No nos mirábamos. Cambiaba canciones

²¹Julio Cortazar. Manuscrito hallado en un bolsillo. En Cuentos Completos volumen dos. Editorial Punto de lectura. Buenos Aires. 2004.

buscando la exacta que sirviera de banda de sonido a esta historia que comenzaba. No era muy linda, pero el destino hay que respetarlo (¿cierto don Julio?) Finalmente nuestro tema sería una cueca de “Los Trukeros” llamada “Dos Palomos”, que relata precisamente los recorridos de una pareja por los túneles del metro. Jugábamos a ignorarnos. Tenía exactamente diez estaciones hasta Las Torres, mi punto de descenso, para saber si era ella o no. En Simón Bolívar puso sus ojos en mi pie derecho que marcaba el ritmo de la canción. Dejé de moverlo, como si me lo hubiese pedido, la miré a los ojos y dibujó una microsonrisa. Partimos mal pensé. De seguro debe ser una de esas mujeres que les gusta hacer las cosas a su modo y manejar el control remoto a su antojo, es decir, si ni siquiera puedo marcar el ritmo con el pie. Así no llegaríamos a ninguna parte. Así no se puede. Cambié la canción y puse un rock, y subí el volumen para que oyera. Ahora podía marcar el doble bombo con mis pies y frente a su cara, qué se ha creído. También movía la cabeza para dejar en claro mi punto. Ella desvió la mirada hacia el dibujo de las líneas ¿Se habrá enojado? Cambié la canción, bajé el volumen y tosí un poco para llamar su atención y buscar en su mirada algún signo de malestar. No lo encontré. Noté si algo de pena. ¿Qué le habrá sucedido? ¿De dónde venía cuando subió en Baquedano con su ropa limpia? Puse un reggae como para calmar las cosas y para que se relaje, pobrecita.

Estación Grecia. Qué estaba esperando para hacer algo. Me quedaban tres estaciones, pero según las reglas se tendría que bajar en Las Torres para intentar algún abordaje. Ahora habla por celular, me ignora. Debe ser su novio. Mira cómo se ríe. Toda coqueta. No, no hay caso, esto no tiene futuro.

Tiene novio y anda jugando en el metro a que no juega a nada, a que es un pasajero con ropa limpia. Por qué me saca celos, no lo entiendo. Elijo observar la cordillera que aparece conforme salimos del subsuelo en la estación Los Presidentes y olvidarme de todo. Miro los colores de lo que queda de la viña Cousiño Macul, y de verdad que estamos en el futuro. Quién iba a pensar que un tren pasaría frente a los parrones. Colgó el teléfono y ahora se amarra el pelo ¿Por qué lo hará todo tan difícil? ¿Por qué no deja que las cosas fluyan y tomen su rumbo, e insiste en cortarle las piernas al destino?

Estación Quilín. Falta una para que todo acabe o empiece. Qué le digo. Y como si las casualidades no fuesen suficientes, su pase escolar junto a su pie izquierdo. La excusa perfecta. Es ahora o nunca. Me pongo de pie, la miro, me agacho, recojo el pase, ehh, se te cayó. “Gracias”, me dice y sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa, y todos sonreímos en el vagón, en los andenes, en todas las líneas, todas las cajeras y guardias, todos sonreímos porque el destino se hace presente, aunque no se ponga de pie para descender. Y de pronto la confusión, no entiendo nada, pero si es la estación Las Torres, es el destino, las casualidades, explíqueme don Julio qué mierda está sucediendo. La luz roja que anuncia el cierre de puertas se enciende y salto fuera del vagón. Las puertas se cierran y la miro desde el exterior guardar su pase y arreglar su bolso y su pelo nuevamente. El tren parte y me quedo en la estación mirando cómo el destino sigue su camino. Por los audífonos suena “Samba Azul” de “Ed Motta” y sí, es oficial, estoy en el final de una película vieja. Abandono la estación con algo de melancolía, pero no se preocupe don Julio, mañana filmo otra con un final más alegre. Se lo prometo.

La vida es cueca

Y ahí estaba otra vez. Sentado, solo, con un vaso de vino en una mano y un cigarro en la otra. Ana Flores cantaba boleros en el bar “Mi Casa” de la subida Cumming y me sentía una puta postal de Valparaíso, un lugar común hecho persona. Don Miguel me miraba desde la cajetilla y ocho gringos entraron al bar disfrazados de estudiantes de filosofía de los '80 buscando lo mismo que yo, pero sin conectar, sin intervenir, trasladando su país y sus dinámicas encerradas entre esas ocho personas. Sacan sus cámaras, comienzan a disparar y me resisto a ser parte del paisaje, un trozo de sus recuerdos por Sudamérica que recorren con ánimo de Ché Guevaras deslavados. Me largo. Salgo de “Mi Casa” en dirección al “Moneda de Oro”, un bar próximo a la plaza Aníbal Pinto. Bajo por Cumming a la una de la mañana de un miércoles con la esperanza de encontrar algo, alguna casualidad, un hoyo negro que me traslade a otro sitio automáticamente ¿Cuántas cacas de perro tendré que pisar en esta ciudad para tropezarme con una buena historia?

Bar “Moneda de Oro”. Pido un vaso de vino de \$700. Junto a mí hay un anciano de pie en la barra. Pienso en el puerto, en “Valparaíso” de Joaquín Edwards Bello que cargo en mi mochila, en el vino, el viejo, pero su olor a meado me impide verle la poesía al asunto. El hombre le pasa \$200 al barman para que le rellene la cañita. Come pan a escondidas. Se da vuelta y da pequeñas masticadas a una marraqueta. Se fija en la partida de dominó de la mesa a nuestras espaldas y el cantante de boleros con guitarra en mano entra al bar justo cuando en la mesa ponen el chancho seis, como si hubiese sido la

señal que lo llamaba al escenario. Entona, era que no, “La joya del Pacífico”, ese himno que el “negro” Farías inmortalizó en “Valparaíso, mi amor” de Aldo Francia y que cantaba por el puerto hasta que murió un 21 de abril. Luego sale a escena Gardel y la frase de que “el mundo fue y será una porquería” hipnotiza al anciano que clava sus ojos en la guitarra, con esa mirada de los viejos en la plaza de la que hablaba Sábato, una mirada hacia adentro, arqueológica. Le ofrezco cigarrillos (recordando las palabras de Bello: “en Chile es inevitable; la ley secreta manda a atender a los borrachos. Son sagrados”) y me dice “no joven, que duerma bien” y sale del bar con su vaivén de bote pesquero.

Era mayo y por esos días caminaba Valparaíso con ánimo de *flaneur*, con lo que los situacionistas llamaban *dérive*, “una investigación espacial y conceptual de la ciudad a través del vagabundeo (...) centrada en los efectos del entorno urbano sobre los sentimientos y las emociones individuales”²². Lo que en la práctica era simplemente aplanar la ciudad perdiendo el tiempo deliberadamente con los ojos y oídos bien abiertos. En todo el puerto se escuchaban las bandas escolares que se preparaban para el 21 de mayo y yo me quedaba dormido en los buses Puerta del Sol, subía cerros, tomaba en bares de todo tipo, sacaba fotos con palabras y recorría el plano como un acto de fe buscando algo intangible, algo que no sabía si podía o quería ser encontrado.

²² Libero Andreotti, Xavier Costa, eds: Situacionistas: arte, política, urbanismo. Pag. 21. Ed. Actar. Barcelona, 1996.

Mañanas de boca seca. Sólo después de las noticias del almuerzo mi cuerpo reaccionaba y podía obligarlo a recorrer las calles, a tomar una micro que pasaba frente a Caleta Portales, donde recordaba ese verano cuando por primera vez le toqué una teta a una ex polola, el calor, la Escudo, mi calentura, el helado de piña que froté en uno de sus pechos que se arrancaba del traje de baño, la forma en que el helado se derritió al contacto con su piel. Ahora en ese lugar existe un horrendo edificio, con un mirador al revés, donde los pescadores agarran pulmonías porque el arquitecto que diseñó la nueva caleta no pensó en el necesario desnivel para evacuar las aguas, porque nadie les preguntó tampoco sobre la dirección del viento que golpea desde el mar y se cuela por sus pequeños “boxers” donde guardan sus implementos, y que basta raspar con un lápiz Bic para notar el ahorro de material.

A veces me bajaba en el puerto y subía por el ascensor El Peral. Ahí percaté que la estatua que representa la Justicia afuera de los tribunales junto al ascensor no estaba vendada. Y que en una mano tenía la balanza y la otra la apoyaba en la cadera, como si un invisible fotógrafo de tres metros le dijera así, así con la mano en la cadera, displicente, eso, como si te importara tres carajos la justicia. Y luego subía en el ascensor y caminaba sin rumbo por el cerro y me sentaba en las plazas y jugaba a desaparecer, como en los bancos junto a una iglesia en la calle Almirante Montt cuando me agarraba la poesía y con el sol en la cara adivinaba cinturas en la sonrisa de la tarde. En uno de los asientos vecinos dos ancianas de cejas dibujadas conversaban sin olvidar el croché que sus manos modelaban de forma mecánica, y en el piso algunas palomas acostumbradas esperaban cualquier limosna. “De nuevo vienen a

molestar. El otro día les tuve que remojar las migas, es que estaban muy duras. Y cómo te decía, a las seis de la mañana me golpea, que se siente mal, y yo le digo para qué hace tanto teatro. No sé, la verdad es que no entiendo ¿Por qué me llora tanto este ojo? Y también me han dado unas puntadas en el corazón, es que lo tengo muy grande y me aplasta el estómago, parece que voy a tener que ir al médico”. Y dos escolares de jumper aparecen en el encuadre, se miran cómplices y no saben si soltarse de las manos cuando nos ven sentados a pleno sol, y un camión de gas cierra la foto con su cumbia de balón y su pregón de “abastible, gasco, abastible y gasco”, y presiono un clic en mi cabeza para guardar el momento.

Bajo al plano y me voy al Muelle Barón. Escenario de parejas, perros, ratones, lobos marinos y el denso vuelo de los pelícanos. El sol de otoño se escondía y los cerros se llenaban de lucecitas de navidad. Hilos de bombillas amarillas y anaranjadas que de vez en cuando eran interrumpidas por una roja sirena encaramada por allá arriba. Recuerdo a Bello: “Millares de techos de lata hacen pensar que a estas casas entrarán con abridores de conserva”.

Viernes. Repito la rutina. Por qué mierda todo se convierte en rutina. Ayer llovió durante la noche y hoy el cielo se llena de pequeñas nubes esponjosas. El aire está tan limpio que parece una maquinación del Sernatur para agradecer a los turistas. Esquina de Urriola con Errazuriz. Un tipo de vestón vintage y mocasines duerme una siesta de alcohol en una banca frente a la Shell. De vez en cuando abre los ojos, dependiendo de los decibles del chirriar de las micros que pasan a cuatro metros de su cabeza. Por qué caminos andarán sus

sueños de tinto. De seguro si despertara en estos momentos, no entendería nada al ver la veintena de tipos vestidos de fluorescente naranja, como marcianos recién aterrizados, que caminan de vuelta a las faenas de una obra del puerto. El sol luego de la lluvia tiene la propiedad de congregarse a toda la fauna al igual que los charcos de agua en las sabanas africanas. Secretarias, obreros, oficinistas que miran los relojes confirmando que restan cinco minutos, de vuelta al trabajo y recuerdo a Amanda. Somos lagartijas. Nada más que lagartijas.

Tomo una micro y me voy a Playa Ancha. Me bajo frente a las canchas de tierra vecinas al estadio de Wanderers que hoy sirven de explanada para decenas de bandas escolares que ensayan para el 21 de mayo. El día anterior en estas mismas canchas unos guanacos intentaban dispersar a los estudiantes de la UPLA que protestaban con piedras, bolsas de pinturas y mótovs. Hoy sólo hay fútbol, botellas rotas y redobles.

Cruzo la avenida y me refugio en el bar Roma. Pido una cerveza. Miro una pared de radios viejas y posters de Bob Marley, el Ché y los Beatles. Aquí todos caben. En el wurlitzer del fondo suena, como si me persiguiera, la voz del “negro” Farías secundada por pastosas gargantas. A cierta hora en Valparaíso todos se creen cantantes. Me arrancó a un bar vecino, “La Nueva Sirena”, donde el Wanderers juega de local. Juanjo, el barman, conversa con un parroquiano sobre la antigua bohemia, esa que en los '50 y '60 se disfrutaba en el Barrio Puerto, en el “Roland Bar”, en las quintas de “San Roque”, en el “Nunca se supo”, en cabarets y en lupanares como “Los Siete

Espejos”. Hablan de las cuecas en “El Rincón de las Guitarras” de la calle Freire, entre Chacabuco y Pedro Montt. Dicen que los viernes en la noche se pone bueno. Supongo que hay sólo una manera de comprobarlo.

Dos de la mañana del sábado. Me bajo de la micro en Freire con Errázuriz y el chofer me dice que tenga cuidado, que el barrio es bravo. Camino con la misma actitud de las madrugadas en el centro de Santiago, como si uno fuese el que obliga al otro a cambiarse de vereda. Algunos travestis me piropean y me siento extrañamente halagado. Llego a la dirección anotada en mi mano, Freire 431, un añejo edificio sin letreros. Sólo una puerta y un timbre. Lo presiono. Según Juanjo, ahí solamente dejan entrar a los conocidos. Abre un tipo joven que me mira de pies a cabeza. Y luego de cinco eternos segundos y sin decirme palabra, se hace a un lado y me deja pasar.

Adentro, comida y fiesta. Me siento en una mesa de un rincón de esta casona de viejas paredes, aceptando mi condición de invitado. La mayoría de los concurrentes son veteranos de terno y alguno que otro veinteañero. Veo algunas guitarras. En una mesa agarran una de ellas y se lanzan con un bolero que es premiado con aplausos y vasos alzados. Lucy Briceño, mito viviente de la bohemia porteña y dueña de una voz que domina a la perfección el repertorio de valeses, boleros, tonadas y cuecas de Valparaíso, se pasea por el local y todos la miran como a una estrella de rock. Y lo es. Nunca supe si los que me abrieron los oídos esa noche fueron algunos de los integrantes de la legendaria agrupación cuequera “La Isla de la Fantasía”, de la que también es integrante Briceño, pero el punto es que dos tipos con guitarra y pandero se

lanzaron con una cueca gritada, y en la “cancha” las parejas comenzaron a moverse de una manera que jamás pensé que se podía bailar la cueca. Así no danzaban en la parada militar. Así no cantaban “Los Huasos Quincheros”.

Salí del lugar con la sensación de haber descubierto América. Sentí que durante años alguien me había escondido un país entero.

De vuelta en Santiago. Galpón Víctor Jara frente a Plaza Brasil. Estoy aquí para ver el show que conmemora los diez años del conjunto “Los Trukeros”, según lo que leí, los más adelantados de una nueva generación de cultores de la cueca, principalmente jóvenes, que semana a semana reviven la tradición en los distintos escenarios de la capital. Adentro, una gran peña. Fiesta, celebración, alegría. Cientos de personas sonríen y bailan. Algunos pasan sus pañuelos por el cuello de sus parejas y mueven sus traseros como si esto fuese samba brasileña, confirmando una de las pocas cosas que sabía de la cueca: su danza es cortejo, coqueteo y conquista de la mujer por parte del hombre. Aunque para ciertas parejas claramente el asunto es al revés.

Dedico las siguientes semanas a buscar cuecas por Santiago. Presentaciones en vivo. “La Gallera”, “Las Niñas”, “Los Santiaguinos”, “Las Torcazas”, etc. No deja de sorprenderme la convocatoria y tantos jóvenes interesados. En uno de esos shows en el restaurant “Las Tejas” de la calle San Diego ---mientras Daniel Muñoz, Félix Llancafil y los “3x7 Veintiuna” hacen bailar a toda la concurrencia--- alguien me nombra la Posada del Corregidor. Se refiere a ella como una pequeña “escuelita” donde se juntan a ensayar varios grupos.

Tarde de martes. Voy tras la Posada ubicada en la calle Esmeralda del centro de Santiago. La casona “se hizo celebre cuando se abrió al público como la Posada del Corregidor, un centro de vida bohemia santiaguina, especialmente durante los ‘20 y ‘30, con bar y salón de baile, expendiendo tragos cortos y vino con naranjas, según muchos era el mejor lugar de Santiago para esperar el amanecer”²³. Hoy sirve de galería de arte y en el primer piso hay un piano de cola que perteneció a Claudio Arrau y que es utilizado por los cuequeros que frecuentan el sitio. Frente a la casona hay una plazoleta que corresponde exactamente al acceso que tenía Santiago desde el norte en el período colonial y me siento en su pileta. Escucho desde afuera el piano, los panderos y el canto desgarrado de Rodrigo Miranda, voz y guitarra de “Los Trukeros”.

Enciendo un cigarro. Un tipo de unos 30 años se acerca y me pide fuego. Se llama o le dicen Fran. Trabaja hace un par de años en el centro, comprando y vendiendo antigüedades. Lo que más le gusta, lejos, son los relojes. Los antiguos, de marca. Caros. Sabía que en “Goldfinger”, la película de Bond, James Bond, habían usado tal reloj. O que Clint Eastwood tenía amarrado en su muñeca equis reloj mientras disparaba su revólver en “Harry el Sucio”. Me cuenta que cuando se metió un día en esos rudos pasajes de la población Chacarillas en Macul a las cuatro de la mañana en busca de coca, imaginó un arma en el cinto, como Bond o Clint, para zafar de un inevitable asalto de los muertos vivos, los zombies de la pasta. “Las piqué de vivo y me acerqué a unos pasteros parados en una esquina antes que fuese al revés. Les dije que la

²³ Miguel Laborde. Lugares con historia. Ediciones Contrapunto. Santiago. 1990.

andaba vendiendo para comprar algunas bolsas de coca. Setenta lucas pedía. Los gueones me creyeron y no hicieron amago de cuelgo”, dice seguro. Eran las cuatro de la mañana porque así lo anunciaba su reloj. Las cuatro también dice ahora, en esta tarde de raro sol de invierno en la plaza del Corregidor. Afuera de un negocio de comida, un padre enseña a su hijo a pararse como boxeador y tirar golpes. A metros, cinco punkies miran la escena con Bálticas en sus manos. Uno de ojos vidriosos pide monedas para detener el temblor de sus manos. Caña mala. Fran mira todo con la calma del conocedor. Prende un pito y no se sienta en las bancas porque sabe que aquí en las noches se juntan a dormir y a tomar los que no tienen dónde hacer ni una ni la otra. Están meadas. Las tres bancas de piedra que hay entre los dos moteles de la plaza, están meadas. Seis lucas cuestan las dos horas en cualquiera de ellos. “Pero si llevai a tu mina a un motel, vai a uno más caro, con Jacuzzi”, dice Fran riendo. Aunque el tipo que salía con el pelo mojado y una cabra chica de la mano, no lo sabía. O tal vez no es su mina y sí sabía. Y al frente de la botillería de Esmeralda, en pleno sol de invierno, un par de prostitutas aplanan la vereda. Y en una de esas sincronizaciones que aparecen sin azar, desde la Posada “Los Trukeros” cantan: “calle Esmeralda/piedras preciosas/precisas/calle diamante (...) una mujer va y viene/abanicando sus piernas/busca clientes/encuentra/la pileta bosteza y ríe/regatea, gatea y aúlla (...) ruge la cueca brava en la Posada”.

Recuerdo un pasaje de Joaquín E. Bello de su libro “Valparaíso”: “La cueca es la borrachera de la música y ningún criollo puede oírla sin sentirse ebrio de algo indefinible”. Y de a poco me emborraché. De a poco supe de la

existencia de Nano Nuñez, el máximo referente de la cueca en el país que formaba parte de “Los Chileneros”. Que Fernando González Marabolí fue un estudioso matarife que dejó un invaluable material donde se condensan las directrices, fundamentos y orígenes de este arte. Que la cueca además de fiesta y celebración es una cosmovisión con perfectas estructuras matemáticas. Que a lo largo de nuestra historia ha sido perseguida de muchas maneras porque “es libertaria ya que le entrega al pueblo, a la gente pobre lo que no tiene, felicidad, olvido”²⁴. Que es sinónimo de resistencia contra los colonialismos disfrazados. Que existe un culto a la gallardía, al gallo (ese animal altivo que no se pone de rodillas y no mata por hambre sino jugándose la vida) y a José Miguel Carrera. Que hay que cantar la cueca con la garganta hinchada, con las venas a punto de explotar y que hay que sacar el pañuelo como si fuese un cuchillo. Que los más grandes cantores fueron “choros”, “guapos, delincuentes y cabrones (...) entre éstos que despreciaban la vida sobrevivió la pureza del canto”²⁵. Que la cueca es campo, es Puerto, pero también es Santiago, es Franklin, La Vega, Mapocho y Estación Central. Que la cueca no es un baile. Que la vida es una cueca.

²⁴ Rodrigo Miranda, voz y guitarra del conjunto “Los Trukeros”.

²⁵ Samuel Claro Valdés. Chilena o cueca tradicional. Pag. 162. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago. 1994.

Primeros Planos

Murmullos

Santiago es una capa sonora. Una suma de sonidos, músicas, gritos, ambulancias, risas, timbres y vibraciones captadas y no captadas por el oído. Algunas de estas vibraciones ni siquiera tienen palabras para referirlas. Ciertos ruidos activan paisajes sonoros, como el de las micros por las calles, que muchas veces con su ritmo parecen olas descargando su rabia en la playa. Otros siguen tus pasos, como esa ¿música? orquestada que vomitan pequeños parlantes ubicados en el centro de la ciudad, como si las céntricas calles fuesen pasillos de mall o supermercado. Creo que el infierno de los melómanos sería caminar eternamente por el centro oyendo esas melodías de teléfono, de “espere en línea mientras atendemos su llamado”. El aire también se llena de los ruidos que nacen en el roce constante de los cuerpos contra otros cuerpos, de los cuerpos contra los objetos y de los objetos contra ellos mismos, una suma que se transforma en electricidad, en estática, como si Santiago estuviese bajo la sombra de una torre de alta tensión descomunal o de un monstruoso panal de abejas con surround. No imaginé que las iglesias eran parte de todo esto. Porque además de sus cantos y prédicas a viva voz, emiten un zumbido subterráneo de rezos personales. En la Catedral Metropolitana es un hecho constatable, aunque el tamaño de la edificación no permita reconocer fácilmente las bajas frecuencias de sus fieles, de sus palabras silenciadas. Pero a un par de cuadras, en el templo Santo Domingo, el susurro religioso es perfectamente audible. Decenas de personas le rezan de pie a la figura de San Pancracio con sutiles movimientos de los labios, pidiendo que los ayude a encontrar trabajo o una forma digna de ganarse la

vida. Lanzas, oficinistas, cesantes, secretarias, abogados, lustrabotas, todos se persignan, adoptan actitud de recogimiento, y comienzan a mover la boca y a emitir sonidos en bajas frecuencias, que en la suma final se transforma en murmullo, similar al de los templos budistas donde sus monjes a miles de kilómetros aportan su cuota al zumbido global en ese mismo instante. Aunque también hay otras iglesias y templos que tienen la cualidad de hacer callar la ciudad, una suerte de vocación de oasis. La iglesia de San Francisco es un ejemplo. Basta cruzar su grueso portón de madera para silenciar el tráfico de la Alameda que grita su existencia a pocos metros de su entrada. Afuera del templo Santo Domingo la ciudad y su visceral polifonía se vienen encima. Junto al templo se ubica el convento del mismo nombre, donde en 1593 llegaron los primeros sacerdotes jesuitas al país. Ahí una placa reza en silencio: “la iluminación ornamental de este templo es fruto del trabajo de técnicos y obreros cuyos nombres sólo Dios conoce”. Aunque más abajo esté claramente estipulado que Enersis, Endesa y Chilectra fueron los financistas que todo el mundo debe conocer. A metros de ese lugar, la galería Capri se llena con las voces de las peluqueras de decenas de salones de belleza que ofertan cortes de pelo como almuerzos en el Mercado Central y con los subterráneos gemidos de su olvidado cine erótico.

Breves policiales

Subo a la Micro. Paso mi tarjeta Bip por el cobrador electrónico y una equis roja me da la bienvenida (¿Por qué siento que debo darle explicaciones al chofer por mi tarjeta vacía? ¿La costumbre de considerar al conductor como amo y señor de lo que sucede en el trayecto?) Camino hacia el fondo del acordeón gigante esquivando señoras con paquetes, caras censuradoras, cabellos húmedos con shampoo Ballerina, mujeres que en un acto circense intentan maquillarse y no salir disparadas al primer frenazo, escolares que pretenden meterse en la cabeza la mayor cantidad de información a la cabeza antes de su prueba, tipos que aspiran leer el diario en la incomodidad de la masa. Miró el periódico de mi vecino. Breves policiales. *“SE SUICIDÓ VESTIDA DE NOVIA. Chiguayante. Conmoción causó en el populoso sector La Leonera, de Chiguayante, el suicidio de una joven que se vistió de novia para poner fin a su vida. El hecho ocurrió poco antes de la medianoche cuando Eugenia Magdalena Leiva Muñoz (18) llegó hasta la ribera del Biobío, donde se disparó un tiro en la boca. La profunda herida, con salida de proyectil, le causó la muerte en forma instantánea”*. Mi cabeza se dispara con la película de Eugenia. Imagino que ella supo de eso sin saberlo. Sin haberlo visto. Su abuela (podría ser la señora que mira melancólica por el vidrio hacia la calle) alguna vez se lo comentó mientras la peinaba. Y a pesar de no entenderlo hasta el día anterior a su matrimonio, había instantes en que las imágenes se le acumulaban en la cabeza. Eran como películas B mezcladas, trozos de trozos pegados sin orden. Porque en esos días bastaba rozar la piel de otro para conocer el futuro en un tacto. Y Eugenia veía muertes trágicas, colores

negros. Incluso percibía olores. El de la sangre, por ejemplo. O eso al menos creía cuando el yodo se le acumulaba en la nariz. Ella cerraba los ojos, los apretaba con fuerza. Pero no servía. Las imágenes esta vez aparecían en rojo, rodeadas de flashes púrpuras. En otras ocasiones sentía. Pesos, empujones, dolores en partes indescriptibles. Adentro, decía cuando le preguntaban por su cara descompuesta. Y era duro estar frente a alguien y conocer que él sufriría. O que ella aparecería destrozada bajo un camión. Quizás fue algo así lo que se instaló en su cabeza ese día de otoño. Nadie lo sabrá nunca. Por relatos de algunos que la vieron se supo que llegó en la tarde de ese frío martes a su casa. Que entró y su gata la acarició con la cola. Porque ella sí sabía. Su gata lo supo todo el tiempo. Conexiones ancestrales, supongo. Su abuela le abrió la puerta, la miró, mojada, con las manos embarradas y un atado de cebollas, porque no hay como una cazuela para el frío. Entró. El humo de la estufa a leña se colaba por una rendija, tiñendo todo con ese tibio olor a casa. Su marido, o el que iba a ser su marido (el chofer sería perfecto para el papel) se levantó al escucharla entrar. Un beso en la mejilla fue suficiente. Su abuela contó que puso un rostro de espanto, como mirando un piano de cola cayendo en su dirección. Luego corrió a la habitación y se encerró. Su novio golpeó la puerta, tres, cuatro, cien y abre que la boto. Diez minutos más tarde, se le vio abrir la puerta de su habitación, de su casa, del Opala estacionado en la entrada. El vecino (¿el tipo del diario?) contó que iba vestida de novia y que llevaba un rifle en la mano. Que había apuntado directamente al rostro de su novio, quién le gritaba que la escuchara, que dejara el teatro y lo mirara. Ella sólo apuntaba y buscaba la chapa del auto. Se le resbalaron las llaves un par de veces, la lluvia no ayudaba. Por fin entró

y se echó a andar. La abuela lloraba, sin entender. Tal vez oliendo algo de esas palabras que alguna vez le dijo a su nieta. Uno a uno se fueron enterando los vecinos y se sumaban a la caravana que bajaba por la principal calle del pueblo liderados por el capitán de carabineros que no comprendía nada. Sólo sabía la gata que se limpiaba bajo el alero. La búsqueda partió a oscuras, intentando descifrar el destino de esa mujer vestida de novia y un rifle en la mano. Las suposiciones se agolpaban como las ideas para optimizar el seguimiento. Nadie sabe tampoco porque todos siguieron a la vecina gorda (como la señora parada junto a una de las puertas del bus) quien agarró su camioneta y se echó a andar camino al muelle. El Bío-Bío estaba grande. Hasta que apareció el Opala en medio de un bosque a cien metros del muelle. El barro hacía todo más difícil. Caminaron en masa hacia las primeras maderas del pequeño entablado que se adentraba algunos metros al río. Y allí estaba. Parada en la punta. El vestido de novia parecía esperma de vela que bajaba desde su cabeza. Algunos dijeron que lo estaba esperando para que fuese testigo del acto que los salvaría de dolores posteriores, de una cadena que empezaba en el preciso momento del sí, el beso y el arroz. Una película larga y lenta, con varias secuelas circulares que volverían al punto de inicio. Dolores que se acumularían como migas sobre una mesa. Sólo se escuchó un ruido seco y el grito del novio que fue un no agudo. Un sí al revés. Y luego la sangre sobre la esperma de vela. La muerte y el fin en un perdido entablado del revuelto Bío-Bío. Grecia con Vicuña. Corten. Se imprime.

Rojos recuerdos

Camino por avenida La Paz hasta la rotonda que se ubica frente a la entrada del Cementerio General y vuelvo a ese día de marzo del 2005 cuando las calles del centro y alrededores se tiñeron de rojo, asumiendo su condición de arterías de la ciudad. Una cuncuna púrpura de miles de personas flameaba banderas, se pillaba la cola y gritaba presente con fuerza, un presente como nunca volveré a escuchar. Había fallecido Gladis Marín y muchos salimos a manifestar nuestro respeto por su vida y por su muerte. Caminaba mirando rostros, observando abrazos con lágrimas entre algunos que se nombraban compañero. Y muchos no lo éramos. Comimos empanadas y compramos cintillos rojos para recordar, pero no éramos compañeros. Ahora con distancia pienso en la conciencia (o la falta de ésta) al momento de vivir un día histórico. Esos instantes que luego se recuerdan en la sobremesa con la pregunta ¿dónde estabas, o qué hacías cuando...? Me hubiese gustado haber experimentado en Santiago la muerte de Pinochet, por ejemplo, para poder comparar ambos decesos. Lo polarizado de uno y el ambiente de respeto que se vivió en el otro. Aquel domingo de diciembre me echaba una empanada de camarón queso a la boca en Tongoy y sonó el teléfono. ¡Se murió Pinochet!, decía la voz, y mientras se oían los primeros corchos de las champañas volando en la casa playera, y en la añeja tele IRT del living apenas se lograban ver los despachos en directo desde la Escuela y el Hospital Militar, y la Plaza Italia, me fui despacito con un vaso de vino con durazno al patio a mirar el mar: aún no puedo ni podía celebrar una muerte. Menos una que le sirvió al dictador de salvoconducto para no pagar por sus crímenes. Con el

vaso de vino en la mano pensé acerca de los días históricos. Ése sin duda era uno de ellos aunque no lo sentía. Quizás con champaña en Plaza Italia saltando y celebrando como en el triunfo del No, lo hubiese sentido de esa manera. Pero estaba en una playa del norte donde lo “histórico” sigue de largo por la carretera a 120 kilómetros por hora y ojo con los pacos. Aquel domingo retorné a una ciudad que vivía una euforia de clasificación al Mundial de fútbol. Pasé frente a la Escuela Militar y las veredas estaban repletas de autos estacionados, personas con banderas, afiches, globos, pitos y todo el merchandising de Pinochet que sus seguidores habían guardado por años. Era el momento para mostrarlo. Para sentirse orgullosos de su general. Un orgullo violento, invasivo, a kilómetros del respeto generalizado que se respiró en las calles cuando en el funeral de Gladis Marín la roja cuncuna cruzaba el río en dirección al Cementerio General. Ese día había un escenario en la rotonda para los discursos y la música que me impidió percatar las estatuas que hoy miro como si fueran fantasmas. Tampoco pude ver un monumento en la mitad del círculo dedicado a las víctimas del incendio de la Iglesia de la Compañía ocurrido en la noche del 8 de diciembre de 1863. Esa noche se celebraba la fiesta de la Inmaculada Concepción en la iglesia ubicada en la esquina de las calles Compañía y Bandera y un incendio provocado por una “falla de alguna de las miles de lámparas (de gas hidrógeno, parafina y aceite)”²⁶ “arrebato a esta capital dos mil madres e hijas”.²⁷ Dos mil personas. Un poco menos del total de asesinados como consecuencia de las reiteradas violaciones a los

²⁶ www.nuestro.cl

²⁷ Placa recordatoria situada en el mismo monumento.

Derechos Humanos bajo la dictadura de Pinochet²⁸. Ingreso al Cementerio. Una ciudad dentro de otra. En el sector del acceso por avenida La Paz están inhumados la mayoría de los presidentes de Chile. Camino por la calle O'Higgins y me tropiezo con el mausoleo de Salvador Allende, muy cerca de ahí, algunos claveles rojos insisten en no marchitarse sobre el memorial erigido en honor a Gladis Marín. Sigo caminando y me encuentro de frente con el mausoleo de José Manuel Balmaceda. En sus paredes cientos de mensajes escritos con plumones, lápices pasta y grafito que piden con letras escolares ayuda desde otras dimensiones para sus problemas sentimentales y académicos. “Balmaceda, ayuda a mi amiga a estar con el tetón. Gracias”, “Ayúdanos pa la global de historia. Andick”. Palabras honestas de todo tipo que solicitan simples favores, para no repetir de curso o aprobar un examen en la universidad. ¿Qué te hace pedirle a un ex presidente ayuda? Quién sabe. Y entre los cientos de peticiones, un último mensaje decidor: “Puros flojos culiaos”.

²⁸ Según el informe Rettig, fueron 2115 los asesinados bajo el concepto de violación a los derechos humanos. Cifra que no incluye los fallecidos por “violencia política” ni a los Detenidos Desaparecidos.

Plaza de Armas a siete pisos

Muchas veces me había preguntado como se veía la Plaza de Armas desde ese edificio. Sentado con un cigarro en la boca en una tarde de febrero, mirando como el Junior Veloz se deshacía a cada paso; caminando con un helado derretido sobre mi mano mientras mi abuela sacaba del sostén su pañuelo para limpiarme; con la noche a punto de desaparecer, abrigado en piscolas y puteándome por no haberle dicho que la quería; ayer, cuando salí a flote en plena plaza, empujado por el tibio aliento del metro.

Me dijeron mitad del portal Fernández Concha, piso siete, primera puerta a la izquierda. Cruzo la calle. Portal. Gente que come, traga, engulle, niños-ojo, manos estiradas, Socio, dos por quina, tránsito, camine, camine, edificio, ascensor de película ¿a qué piso me dijo? Siete, siete largos trozos en silencio.

Se abren las puertas, primer pie sobre las baldosas amarillas y la izquierda se me confunde. Camino entre pasillos amplios y fríos, siguiendo los vértices de los cuadrados, tratando de no pisar las líneas como Jack Nicholson e imaginando en cuál de todos estos rectángulos en serie se esconde una clínica abortiva o un puterío.

Hasta que escucho su dulce voz que me llama. Un eco que rebota. Y lo sigo como lo seguí hace un tiempo y su cara que sonrío al ver la mía. Junto a ella, Ambrosio, el amigo alemán que nos invita a la terraza del hostel. Nos acomodamos en el sillón y lo primero es lo primero. El humo sube con

nosotros. Veo los ojos rojos de Ambrosio y recuerdo esa tarde en La Piojera cuando un terremoto 7.3 en la escala de Richter lo tiró al piso. Me pongo de pie y me acerco al borde del balcón. La tarde esta roja, el cielo limpio y simplemente clara. Abajo las hormigas circulan como torrente sanguíneo, calles-venas y un payaso repite su rutina como todos los que observan. La luz se cuele por la cúpula de la catedral, dibujando su tenue sombra sobre el gris asfalto donde un niño me mira con un helado derretido sobre su mano. Y te recuerdo. Imagino el atardecer en tus ojos. El olor de tu piel a siete pisos sobre la Plaza de Armas.

La micro y Bolaño

Intentaba leer en la micro a Bolaño que me decía que había dejado la heroína y que estaba de vuelta en su pueblo cerca de una playa, y me mareaba tratando de imaginar su playa mediterránea y de leer esas letras que se movían como empujadas por las olas, y una escolar se paró junto a mi y yo sentado intentando leer no mire su cara, no quería mirar su cara, y ella apoyo sus brazos en los asientos de adelante y de atrás y era como si me abrazara, y Bolaño me decía que en su playa había una pareja de viejos setentones y que el hombre se parecía a la muerte con una calavera como sombrero, y ella que se acercaba a mi cada vez que alguien en la atestada micro se quería bajar, la empujaban contra mi cuerpo y yo sentía sus piernas, su estomago duro y de pronto quise sentir su entrepierna, quería meter mi mano debajo de su gris falda tableada, subir por sus piernas de escolar, bajar su calzón escolar y meter mi mano en su humedad escolar, pero sin mirarle la cara, no ver su rostro y no saber lo que su escolar cabeza pensaba, quizás en la prueba de química que mañana tiene que rendir y para la que no ha estudiado, o en su compañero que le gusta y que no la mira en clases como yo no la miro ahora, y por mientras pasar y repasar mi dedo curioso por su entrepierna húmeda que se acerca a mi hombro cada vez que alguien en la atestada micro se quiere bajar, y por mis oídos Coltrane me grita con un saxo que siga, que no pare, que ella sabe lo que hace, que no es inocente y que está jugando con mi hombro como cuando los niños juegan con sus baldes en la playa, esa misma playa que con metadona alguien en otro tiempo y en otra realidad quiere disfrutar, pero que no puede porque un bichito inmortal se le metió en su

cabeza, y yo quiero meter mi mano debajo y quiero que ella con las suyas me acaricie la cabeza y me diga que todo va a estar bien, y que siga acariciándome y que diga bajito que me ama y que nunca me va a dejar de amar, pero bajito, como susurrando unas palabras prohibidas, un código que sólo sabemos ella y yo, como el juego de mi hombro con su cuerpo, y toda la micro piensa que es una simple escolar en una falda gris tableada parada junto a un tipo con audífonos y un libro en las manos que no quiere mirar hacia arriba porque su lectura es más importante, y me tengo que bajar y el saxo en mis oídos me dice que me quede y su escolar cuerpo me dice que me quede, y el hambre que no aguanto quiere que me baje y el mareo me tiene agarrado de la mano, como si estuviera arriba de un bote en esa misma playa donde Bolaño me dice que dejó la heroína, y me quiero bajar y ya estoy de pie y no miro su cara, no quiero mirar su cara y siento que sus ojos me buscan y yo los evito, y camino a la puerta como empujado por unas olas de una playa de otro tiempo y otra realidad.

La hora perdida

Miro el negro centro de mi ojo. El reflejo del centro de mi ojo que crece y de mi extraña cara en el espejo con la banda sonora de alguien meando. Parece que el cartoncito está pegando. Salgo. Las cervezas sobre la mesa tiemblan con las risas y me siento. Todo se mezcla por ¿diez, veinte, 56? segundos en esta caseta telefónica disfrazada de bar, hasta que volvemos a ser los cuatro del principio. Y está bien. Parecido a un zumbido que recorre el cuerpo y que crece. Con cada bocanada de humo. Con cada sorbo de cerveza. Hubiese preferido una linda puesta de sol y los pies en la arena, pero qué carajos, si un paseo por otros mundos depende de cuantas ganas tengas de viajar. Y total esta noche regala una hora que no encontramos. Quizás a esto se refieren los budistas cuando hablan del vacío. De ese espacio intermedio entre el pasado y el futuro, y que cuesta entender sobre el cemento. Pero ahora es ahora aunque no lo comprenda. El ahora son sus desnudos hombros. El ahora es este cigarro que enciendo con el anterior. El ahora es la cerveza tibia que ella cambia por una helada. Y hacemos un salud y nos paramos al instante en busca de aire fresco.

Afuera la ciudad es otra y viajamos sin movernos. Imagino que Santiago es Buenos Aires, o cualquier pinche ciudad que desconozco. Juego al extranjero y la luz con mis pupilas lejanas. Es interesante cómo la luz te afecta cuando entra más o menos de la exacta. "Ya, bueno, pero ¿Qué hora es?", pregunta el más eléctrico y todos nuevamente nos reímos. Parecemos enfermos, con pequeñas convulsiones que algunos transeúntes miran con desconfianza. Y me

siento un poco huérfano de la situación. Hace algunos minutos veía sentado en el bar Phone Box a seis tipos que mezclaban jazz con hip hop, un poco sofocado, pero nada que otro cigarro no pudiese solucionar. Y ahora, en la calle, perdido, mirando las estelas de los autos que bajan por Providencia.

Nos lanzamos a la búsqueda de una fiesta. Una anotada en un papel de la resfriada con nombre de color que pide parar para fumar uno. Cuando tengo que explicar la siguiente situación siempre hago la analogía de tirarse en benjí. Pero entre el momento que llegas abajo y el que se inicia con el tirón de vuelta. Así es. Como si te dejaran caer hacia arriba. Los efectos del ácido potenciados por el humo denso y dulzón de la marihuana. Y nuevamente la ciudad cambia. Porque es de noche. Porque el zumbido nos recorre. Porque las calles son ríos. Son venas. "Arterias" como le dicen en la tele. Y mis manos me dan risa. Sus risas son las mías, y pienso en los abdominales que me ahorro mientras caminamos hacia Manuel Montt. Pienso en los edificios con formas de cerros. Pienso en fumar, pienso en recién, en más tarde, pienso, pienso. Luz roja. ¿Hay que detenerse, cierto? Y los miro. Cinco tipos arriba de un auto que se quedan impávidos mientras cruzo con el hombrecito rojo y les disparo flechas dirigidas con mis ojos. Con la punta de mi dedo dibujo un surco en el capó conforme doy los pasos más lentos del mundo. Lo logré. Lo logramos. Llegamos a la otra orilla o vereda, o como se llame. Y las risas me despiertan. Los tres se ríen y no entiendo. Uno apunta hacia el nombre de la calle y claramente Pedro de Valdivia no es Manuel Montt. Cientos de años y cuadras separan a estos personajes. Alguien nos dio vuelta la ciudad. Sospecho en el

mismo que nos regala una hora que no encontramos mientras la noche se pierde en la oscuridad de nuestras pupilas.

Fotos Carné

Gallera

Una vez a Hugo Pinedas le dijeron que se parecía a un gallo. El soltó una carcajada y sorbió otro poco de mate mientras trataba de encajar su imagen con la del animal. La idea quedó revoloteando por su cabeza durante días, hasta que una mañana todo calzó. Fue cuando caminaba hacia su puesto de huevos en La Vega. Tranquilo y con el ceño fruncido, giró en una esquina de esas estrechas calles y sintió las miradas salpicadas de deseo y rencor que recibía por parte de las gallinas y gallos del sector. Es que ser “patas negras” o tener esa fama en el barrio no es poca cosa. Algunos dicen que es envidia por la pinta de gringo que carga, otros afirman que la fama no es gratuita. Pero todos coinciden que su manejo con las mujeres es indiscutible. “Lo que pasa es que la mayoría de las personas que me compran son señoras y debo tratarlas como corresponde para que vuelvan, ¿o no?”. Las miradas todavía le siguen los pasos y él se siente un gallo con todas sus plumas: se instala en su negocio, se amarra el delantal en la cintura, el pecho se le infla y grita con aguda voz que sus huevos son los mejores de la zona como un gallo que anuncia el comienzo del día.

Rambo

El día que Rodrigo vio “Rambo I” en un oxidado cine del centro, quedó fascinado. No podía creer que una sola persona pudiese rescatar a un grupo de secuestrados en una húmeda selva, pilotear helicópteros, recibir y repartir balazos, enamorar mujeres y vivir para contarlo. Por su cabeza giraba y giraba

el nombre del personaje “John. John Rambo” y, de pie frente a una vitrina de una galería, hasta se encontró parecido a Stallone. Desde ese día juró que haría lo posible por convertirse en el doble de su nuevo héroe. Se preocupó de su físico y lentamente los amigos del sector comenzaron a decirle “López. El Rambo López”. Pero sentía que faltaban las escenas de acción en su vida. Hasta que un día de agosto, de esos lluviosos y con bufanda, Rodrigo tuvo su oportunidad. Él sólo vio a la escolar que cruzó Independencia sin mirar y a la micro que inevitablemente se dirigía hacia ella. Sin pensarlo, dejó de lado las sopaipillas que tiritaban en el aceite hirviendo (\$60 cada una, dos por \$100) para lanzarse en un vuelo olímpico sobre la niña y alejarla de la amarilla mole. La gente que fue testigo del incidente dijo que el “Rambo” verdadero, el de las películas, no hubiese volado como “el Rambo López”

El Flaco Marco

El “flaco” encontró el amor un día de septiembre en una paila marina. Ese jueves, “Luchito Mario” ---otro de los mozos del restaurante “Don A gusto” del Mercado Central--- le pidió que llevara los platos a la mesa ocho, ya que él debía ir a buscar servilletas a la bodega. El “flaco” puso las pailas marinas humeantes sobre la bandeja y a regañadientes se dirigió a la ocho donde había tres mujeres, dos suizas y una francesa que clavó sus profundos ojos azules en los de Marco. En ese instante por los parlantes del local comenzó a brotar la romántica voz de Antonio Prieto que cantaba como una suplica *“Reloj, no marques las horas, porque voy a enloquecer, ella se irá para siempre, cuando amanezca otra vez. No más nos queda esta noche para vivir*

nuestro amor, y sus tic tac me recuerda, mi irremediable dolor, reloj detén tu camino...” Y la suave melodía inundo el lugar, y era como una película, de esas románticas, clichés, y la música sonaba sólo para ellos dos que estaban cubiertos por una cálida luz primaveral que se coló por la ventana y el amor se elevaba lentamente junto con el vapor de las pailas marinas que no se enfriaban por más que pasaban los minutos.

Pedrito el picante

Esta historia ocurrió hace varios años. En ese tiempo el padre de “Pedrito” era el “rey de lo ajíes”, don Pedro Achurra, quién controlaba cerca del 60 por ciento de toda la producción que entraba al barrio Mapocho. Demás está decir que era un hombre respetado. Temido es la palabra exacta, porque llevar el rubro de los ajíes en este sector donde el pebre es ley, es cosa seria. El otro 40 por ciento del negocio era propiedad de Antonio “Tony” Escobar. Conocida era su conexión con las familias de las aceitunas y las sandias de Paine de La Vega, dos de las más temidas asociaciones fruteras de la zona. Después de años de roces entre los Achurra y los Escobar, la gota que rebalsó el vaso fue la palabra picante, el peor insulto para un vendedor de ajíes. Fue para un año nuevo. Ese día, “Tony” se enteró que su hija Adriana iba a tener un hijo de un Achurra, de “Pedrito” específicamente. Y “Tony” entre el alcohol, la vergüenza y la rabia, dirigió sus pasos a la casa de los Achurra armado con un ají mexicano, uno de los más potentes. Al llegar, increpó a don Pedro quién al escuchar “...el picante de tu hijo...” simplemente explotó, y fue en busca de un ají ecuatoriano, pequeño pero letal. Sólo se puede decir que la escena fue

macabra. Y ese año nuevo marcó el final de ambas familias que cayeron en una espiral de violencia frutal de la que sólo se salvó “Pedrito”, quién pasa sus días vendiendo ajíes fuera del Mercado Central y recordando el glorioso pasado.

Gordo bello

A los 17 años, Joaquín Miranda Vega escuchó por primera vez a Pavarotti. En realidad, se tropezó con el italiano en una micro. Por esos días se ganaba la vida deleitando a los pasajeros con su profunda voz que entonaba típicas canciones folklóricas. Luego de un show, comenzó a pedir cooperación voluntaria para el artista chileno y llegando a la puerta trasera divisó un cassette sobre un asiento. Más tarde, en la casa de una prima, puso el cassette en la añeja radio de la cocina, apretó play y fue como una revelación. Es como cuando le preguntan al campeón mundial de automovilismo sobre el momento decisivo en su vida y él contesta “bueno, fue para mi cumpleaños número ocho. Recuerdo que mi padre llegó a la casa con un autito de madera...”. Así fue. Igualito. “El gordo bello” sintió que Luciano le cantaba a él, y él, que no cree en coincidencias, interpretó ese cassette perdido en la micro como una señal. Su futuro estaría marcado por la opera y el fin último sería el Teatro Municipal. En eso está. Por mientras, gasta sus días cantando cuecas y lustrando zapatos, ya que su corpulento cuerpo le impide presentarse cada día sobre los escenarios móviles de Santiago.

El Pincheira

Aunque los años no pasan en vano, “el pincheira” no renuncia a las mujeres. Es considerado uno de los galanes indiscutibles del Mercado Central. Ellas dicen que su éxito se debe a sus ojos azules y profunda voz. Incluso se comenta que una vez tuvo un pequeño romance con una famosa actriz de teleserie. Fue para las grabaciones de “Amores de mercado”, la que relataba historias con dicho lugar como escenario principal. “El pincheira” ---que cambia su apodo acorde a la comedia de turno--- soñaba con salir en televisión, así que cuando supo que la tele iría a su trabajo, se preparó. En las mañanas se miraba al espejo y actuaba canciones de Arjona. Hasta que fue elegido como extra para un capítulo. Y ese día la vio. Era más linda en persona. Y después de las grabaciones, se armó de valor y le preguntó, con todo respeto, si se comería un cevichito con él. Para su sorpresa ella aceptó de inmediato. La tarde fue maravillosa, pero nada es para siempre. Y aunque él no lo dijese, “el pincheira” soñaba con salir al otro día en la portada de alguna revista farandulera luego de ser captados por un inoportuno paparazzi.

Tío memo

Fernando piensa que los objetos tienen vida propia y que las llaves, así como los documentos o el control remoto, se mueven según sus antojos. Y un día se aburrió de perder las llaves de su casa y decidió tomar cartas en el asunto. Para ello, las colgó en un clavo que sobresalía de una pared de su negocio y se dedicó a contemplarlas. Esta vez no les dijo nada. Ya había comprobado que

ni los insultos ni las buenas maneras servían. Así que las miró todo el día, de frente, de costado y de reajo para que las malditas no escaparan. Pero Fernando no contaba con ese último cliente. Pedía, no, más bien exigía que la copia de la llave quedase perfecta, porque “la chapa de su auto era mañosa”. “El tío memo” se esmeró y la copia resultó mejor que la original. Sin embargo, durante el proceso cometió un error garrafal: le perdió la pista a las caprichosas de la pared que, por supuesto, aprovecharon el descuido y se lanzaron al vacío desapareciendo en el acto. Y por enésima vez, Fernando tuvo que esperar durante horas a su mujer para entrar a su casa.

Julio el loco

Algunos creen que de verdad está loco. Pero a él no le podría importar menos. Lee “La Cuarta” sentado al sol en la puerta de la pérgola San Francisco, mirando de reajo a la exuberante mujer que lo observa desde la Bomba Cuatro que tiene a su lado. Aunque para él no hay mujer como sus flores, sus compañeras. Les habla y se ríe con ellas, las huele y escucha, y ellas responden en aromáticos abanicos cromáticos. Las flores no le recriminan, ni exigen nada, como efímeras amantes que se le entregan por algunos días.

Asunto de damas

Un tablero cuadriculado de cartón sobre una mesa hecha de cajas de plátano, separa a Robert y Juancho que se miran fijamente. Las tapas de bebida rojas y amarillas están repartidas equitativamente y la tensión aumenta cada vez que una ficha es exiliada del improvisado cuadrilátero. En estos instantes cualquiera de los dos puede ganar, el *respectable* lo sabe y toma partido con cada jugada. Robert y Juancho son amigos y vendedores de frutas secas durante años, aunque hoy son rivales en un juego de damas en pleno barrio Mapocho. ¿El premio?: una cazuela de vacuno con ensalada a la chilena en La Vega chica y “terremotos” *non stop* en La Piojera auspiciados por el perdedor. Pero eso no es todo. En esta final se juega algo más que un estomago lleno y una tarde de pipeño con helado de piña. El perdedor deberá barrer el puesto de frutas secas del vencedor vestido de mujer. Y a ninguno le acomodan los tacos altos los vestidos floreados.

Apodos a mil!

Cuando Ramón Pérez vendía helados le decían “el choco”. Luego se cambió a libros para colorear y en la calle le gritaban “Profesor rosa”. Con el puesto de hierbas medicinales se ganó el apodo de “Bob Marley”. Se dedico al maní tostado y ---obvio---- nació “el mono Pérez”. Con los paraguas, “Mery Poppins”. Maquillaje, “Gonzalo Cáceres”. Cigarros importados, “el fumarola” o “el belmont light”. Y ahora en la calle Salas los amigos le gritan “calcetín

con rombos man” cuando lo ven caminando con la bolsa de *Monarch* al hombro.

No se amargue el pepino

Cada vez que “el pepino” mira su marisquería de La Vega se acuerda de su hermano muerto. Fue hace tres años. En esa época las cosas no iban muy bien con los negocios y “el pepino” le dijo que se tomara unos días y se fuera para el sur, que le iba a hacer bien y que dejara de pensar en esas cosas que pensaba por esos días. Y su hermano partió, como no lo hacía hace 25 años. Juntos habían levantado el local a punta de esfuerzos y apuestas en los caballos. El trabajo y la suerte. “Dos putas mezquinas” como decía su hermano. Y la muerte se disfrazó de camionero dormido en un febrero lluvioso. Lo enterraron en San Antonio, para estar cerca del mar y del olor a pescado. Un perfume para “el pepino”, aunque su esposa no piense lo mismo.

Ene, ene.

Lo único que realmente se sabe del “incógnito” es que tiene cerca de 80 años y que vende paltas en la calle Artesanos, cerca de la Pérgola “San Francisco”. Algunos dicen que hace años ganó millones en la “Polla Gol” y que perdió todo entre fiestas y amigos que volaron junto con el dinero. Otros cuentan que era un respetado científico y que trabajaba para organizaciones internacionales, donde su palabra pesaba. La señora de la esquina dijo que el marido le contó que el anciano jugó fútbol en distinguidos equipos europeos, hasta que una

lesión le truncó la prometedora carrera y es por eso que cojea. Muchos comentan que fue un estrecho colaborador de Fidel durante la revolución y que al morir su mujer, producto de una bala pérdida, se volvió loco y terminó en Chile. Aunque unos dicen que simplemente es un silencioso hombre que se gana la vida vendiendo paltas.

Suplementero

Si hay algo que comparten la mayoría de las personas que tienen al barrio Mapocho como escenario de sus vidas, es el sentido de pertenencia. Para ellos el sector no es el “perro guacho” de la ciudad como algunos piensan, si no que un lugar digno de ser aprovechado, de ser vivido. Juan Antonio lo confirmó una vez que probó suerte en el “barrio alto”. Luego de 50 años trabajando como suplementero a la salida de La Vega chica, no duró ni un día en las avenidas de plástico. Desde ese instante juró que la única forma que lo saquen de las calles que lo han visto crecer, es dentro de un cajón. Porque a pesar de que tiene donde dormir, su casa es la calle. Es ahí donde están sus hijos, amigos y más de algún nieto. Y aunque hoy ya vendió todos los diarios de la mañana y podría retirarse a descansar, él prefiere esperar los de la tarde sentado en un paradero mirando a la gente pasar.

El acordeón de Mario

Sentados en un bar del barrio Mapocho frente a un jarro de vino, una mujer le preguntó a Mario que necesitaba en la vida para ser feliz. Él miró su acordeón apoyado en una silla, pensó unos segundos con la vista clavada en el calendario de cerveza Cristal del '95 y le dijo “mi acordeón y voz”. La mujer lo besó largamente pensando en que se refería a ella.

Final del juego

Siempre he desconfiado de las conclusiones. Creo que las palabras se sustentan por ellas mismas, y si no es así, bueno, el objetivo final de la construcción de sentidos entre el que escribe y el que lee no se cumplió. Si usted es uno de aquellos a quien los textos leídos no le hicieron sentido alguno, le ofrezco mis sinceras disculpas por el tiempo perdido. Para los demás, me gustaría que estos relatos fuesen interpretados como una invitación a jugar sus propios juegos. A buscar segundas, terceras y cuartas lecturas de lo que aparece en televisión, los diarios, y en general de lo que vivimos todos los días en Santiago como resultado de nuestras propias maneras de experimentar esta ciudad. Una invitación a mirar Santiago como extranjeros. A quitarnos la capucha de prejuicios que desde la infancia nos han inculcado respecto a la capital. A no tenerle miedo. A disfrutarla. A descubrir las distintas capas con las que Santiago está compuesta. Sé que es difícil. Que las distancias, la gente, el smog, la desigualdad, injusticia, la inseguridad y la desconfianza son asuntos palpables. Tristemente palpables. Pero creo que gran parte de lo que nos incómoda de esta ciudad es una construcción de la que todos somos responsables. No son las “autoridades” ni el gobierno de turno los encargados de transformar un escenario que debe ser cambiado y mejorado desde las bases. Desde el tipo que en el metro o la micro mira hacia fuera o se hace el desentendido cuando ve a la señora con guagua en brazos, hasta el dueño de una constructora que por ahorrarse sacos de cemento construye divisiones simbólicas entre los departamentos de una construcción de Vitacura o La Pintana. Sé que estas palabras transpiran inocencia. Pero esa es la invitación.

A moverse con la inocencia del niño que juega en una plaza sin importarle el apellido de su compañero de juego, o si se parece a los tipos de pantalones anchos que aparecen en los programas/denuncia de la televisión. A abrir los ojos y no permitir que nos sigan inoculando con el discurso de que Santiago no es un lugar apropiado para vivir. Y quizás así, con cándida esperanza, logremos darnos cuenta que "Santiago es una gran madre. Exigente, feroz y que a veces come carne cruda, pero una madre que acoge a quien no se entrapa en su cotidiana superficialidad".

Bibliografía

Ryszard Kapuscinsky. La guerra del fútbol y otros reportajes. Editorial Anagrama. 1988.

Martín Caparrós. Larga distancia. Editorial Seix Barral. Buenos Aires. 2004.

Francisco Mouat. El teniente Bello y otras pérdidas. Ediciones Carlos Porter. Santiago. 1998.

Roberto Merino. Santiago de memoria. Editorial Sudamericana. Santiago, 1999.

Juan Pablo Meneses. Equipaje de mano. Editorial Planeta. Santiago. 2003.

Álvaro Bisama. Postales Urbanas. Ediciones El Mercurio – Aguilar. 2006.

Sergio Paz. Santiago Bizarro. Ediciones El Mercurio – Aguilar. Santiago, 2002.

José Luís Martínez Albertos. Curso general de redacción periodística. Editorial Mitre. Barcelona. 1983.

Michel de Certeau. La invención de lo cotidiano. Universidad Iberoamericana. México, D. F. 1996.

Marc Augé. Los "no lugares" espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad. Editorial Gedisa. Barcelona. 1993.

Marc Augé. El viajero subterráneo: un etnólogo en el metro. Editorial Gedisa. Barcelona. 1987.

Néstor García Canclini. Imaginarios Urbanos. Editorial Eudeba. Buenos Aires. 1999.

Walter Benjamín. El 'flaneur' en Iluminaciones II: Poesía y capitalismo. Editorial Taurus. Madrid. 1980.

Libero Andreotti, Xavier Costa, editores. Situacionistas: arte, política, urbanismo. Editorial Actar. Barcelona. 1996.

Sergio Grez, Gabriel Salazar, compiladores. Manifiesto de los Historiadores. Ediciones LOM. Santiago. 1999.

Fabio Salas Zúñiga. La primavera terrestre: cartografía del rock chileno y la nueva canción chilena. Editorial cuarto Propio. Santiago. 2003.

Samuel Claro Valdés. Chilena o cueca tradicional. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago. 1994.

